

1082
12-1 P-2

BARBA AZUL,

ÓPERA BUFA EN CUATRO ACTOS.

ESCRITA EN FRANCÉS POR LOS SEÑORES

HENRY MEILHAC Y LUDOVIC HALEVY.

MUSICA DEL MAESTRO

OFFEMBACH.

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON ANTONIO HURTADO

Y

DON FRANCISCO LUIS DE RETES.

MADRID.

OFICINAS, PEZ, 40, 2.º

1869.

3

RAJYA VISHVA

THE UNIVERSITY OF RAJASTHAN

DEPARTMENT OF HINDI

POST GRADUATE COURSE

IN HINDI

SEMESTER I

1954-55

UNIVERSITY OF RAJASTHAN

DEPARTMENT OF HINDI

BARBA AZUL,

ÓPERA BUFA EN CUATRO ACTOS,

ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA ZARZUELA EL 28 DE MARZO
DE 1869.



Digitized by the Internet Archive
in 2013

BARBA AZUL,

ÓPERA BUFA EN CUATRO ACTOS,

ESCRITA EN FRANCÉS POR LOS SEÑORES

HENRY MEILHAC Y LUDOVIC HALEVY.

MUSICA DEL MAESTRO

OFFEMBACH.

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON ANTONIO HURTADO

Y

DON FRANCISCO LUIS DE RETES.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1869.

PERSONAJES.

ACTORES.

ROSALBA.....	SRA. VELASCO.
LA REINA ROSALIA.....	BAEZA.
LA PRINCESA CORALINA, hija del rey, y en el primer acto al- deana bajo el nombre de Florela.	CUARANTA.
ELOISA.....	STA. FRANCO.
LEÓNOR.....	LETRE.
ELENA.....	MARTINEZ (C.).
ISAURA.....	ACEVEDO.
BLANCA.....	SOLDADO.
EL SEÑOR DE BARBA AZUL...	SR. SANZ.
EL REY PIPINO.....	MIRÓ.
EL CONDE OSCAR.....	RODRIGUEZ.
POPOLANI.....	SALAS.
EL PRÍNCIPE ZAFIRO.....	LANDA.
ARNOLDO.....	EDO.
UN ESCRIBANO.....	PESIÉ.
ALDEANA 1. ^a	} No hablan.
ALDEANA 2. ^a	
PAJE 1. ^o	
PAJE 2. ^o	} MAZOLI.
UN NIÑO.....	
Aldeanos, aldeanas, soldados de Barba Azul, cortesanos, damas, pajes, guardias del rey Pipino.	

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Plaza de una aldea.—Á la derecha, primer término, la cabaña de Zafiro con ventana practicable sobre la puerta.—Al lado de la puerta un banco pequeño.—Al frente, izquierda, la cabaña de Florela: al lado de la puerta, ventana con repisa, en la que hay una gran canastilla oblonga llena de flores.—Á su lado florida espesura y ramaje.—Al fondo, montaña practicable que comienza al medio de derecha á izquierda y continúa de izquierda á derecha.—En lo alto de la montaña, al horizonte, se ve sobre una roca el castillo de Barba Azul.

ESCENA PRIMERA.

ZAFIRO, despues FLORELA.

Acaba de amanecer. Al levantarse el telon, Zafiro, con traje de pastor elegante y jubon de raso, sale de su cabaña, mira para todos lados y se coloca en medio de la escena.

RECITADO.

La luz los campos dora
y por los montes asoma el sol,
la alondra canta con voz sonora,
zumba la abeja de flor en flor.

HABLADO.

Ya abre la aurora con sus rosados dedos las puertas de Oriente, y la zagala que yo adoro todavía está con Cristo. (Señalando á la cabaña de Florela.) Allí! aquella cabaña oculta mis amores... allí respira.—Florela! querida Florela!—Quiero despertarla anunciándola mi presencia con algunas modulaciones. (Acércase á la puerta de la cabaña de Florela, y se prepara á tocar una flauta que saca en la mano.—Preludia.—La flauta suena como un trombon.—El pastor se detiene asombrado; luégo se decide diciendo:) ¿Qué es esto? ¡Bueno! Así me oirá mejor! (Continúa.—Sale Florela atraída por la melodía: actitudes graciosas, especie de *pas de deux*: el pastor alejándose, la pastora persiguiéndole: luégo el pastor se detiene, la pastora se acerca á él y los dos se adelantan al proscenio.)

MUSICA.

DUO.

ZAFIRO y FLOR. Á la luz matutinal
la { convida el retintin
me {
de ^{mi}su { flauta sin igual,
á circular
por el jardin.
FLOR. Y al calor
de un amor
más sabroso que la miel,
todo es ir
y venir
recorriendo este vergel.
Con qué afan

mi galan
dice hirviendo de pasion:
Mes de abril,
qué gentil,
qué gentil es tu estacion!
¡Ay, mi bien!
á mí ven,
ven á mí llen^o_a de ardor!
Porque aquí
para mí
no hay más dicha que tu amor!
Yo no sé
lo que fué,
ni sentí
al sentir el placer de su mano
mi mano oprimir.

Á UN TIEMPO.

Al calor
de un amor
más sabroso que la miel,
todo es ir
y venir
recorriendo este vergel.
¡Ay, mi bien!
á mí ven,
ven á mí llen^o_a de ardor,
porque aquí
para mí
no hay más dicha que tu amor.
¡Mi rapaz!
¡hélo ahí!
¡tan de paz!
¡tan así!
Mas á fé
que no sé

qué me da
cuando aquí
llega á mí
con pasion,
y galan,
y cortés,
fija en mí
su mirar.
Y su voz
celestial
me hace al fin
suspirar
de placer,
cuando le escucho decir:
«Primavera es el amor,
¡cuánta luz!
¡cuánto olor!»
El rubor
da color á mi sien
y me siento morir.
Él con mi amor se inflama,
con su amor yo me inflamo,
y en su pasion exclama:
«Dulce amor!...»

ZAFIRO.

Yo te amo!

FLOR.

¡Me ama! ¡me ama!

ZAFIRO.

¡Te amo! ¡te amo!

¡ah!

Á UN TIEMPO.

Y al calor
de un amor
más sabroso que la miel,
todo es ir
y venir
recorriendo este vergel.
¡Ay, mi bien!

á mí ven,
ven á mí llen^o_a de ardor.

Porque aquí
para mí
no hay más dicha que tu amor.

FLOR. ¡Qué feliz soy!
ZAFIRO. ¡Qué feliz es!
FLOR. ¡Mi dulce amor!
ZAFIRO. ¡Mi dulce bien!
FLOR. Nos ve al salir...
ZAFIRO. La luz del sol.
FLOR. Para decir...
ZAFIRO. Y repetir...

Á UN TIEMPO.

Te amo! te amo!
¡sí!

HABLADO.

FLOR. Todo esto es muy bonito, vagar por los jardines, cantar... pero no sería malo que hablásemos un poco.
ZAFIRO. Hablemos, pues.
FLOR. ¿Verdad que hay muchos zagales que se mueren por mí?
ZAFIRO. Ya lo creo! Eres muy bonita y...
FLOR. Hija de un antiguo soldado, que por toda herencia me dejó su honor y su comercio de flores: cuidadosamente he cultivado ambos.
ZAFIRO. Ya lo sé.
FLOR. Algunos ¡ah, pícaros! han querido seducirme con regalos; bien sabes tú qué despachaderas he tenido: ¡ah! es que yo no soy tonta. Quiero que el hombre á quien elija sea sencillo y se vaya derecho al asunto.
ZAFIRO. (Ap.) ¿Cómo?

- FLOR. Y te he escogido á tí, porque eres sencillo, aunque hasta ahora no te has ido derecho al asunto.
- ZAFIRO. No entiendo...
- FLOR. Pues fácil es de entender. Por qué no me has dicho que te vas á casar conmigo?
- ZAFIRO. ¡Casarme!
- FLOR. ¿Pues qué has pensado?
- ZAFIRO. Sí, sí; eso es lo que yo deseo... pero mi familia...
- FLOR. ¡Tu familia! Pues qué es? Familia de pastores...
- ZAFIRO. ¡Ah!
- FLOR. ¿Qué quieres decir? explícate.
- ROS. (Fuera) Blasa, cuida de la torda. Só! só!
- ZAFIRO. Despues... despues! ¿no has oído?
- FLOR. Sí! Es Rosalba!
- ZAFIRO. Esa Rosalba... ¡la temo!
- FLOR. Y yo tambien!
- ZAFIRO. Está enamorada de mí... y como yo no la correspondo... me quiere sacar los ojos. (Dirigiéndose á la cabaña de Florela.) Vamos.
- FLOR. No! tú á tu casa... Ya seguiremos el hilo...
- LOS DOS. Sí! sí!
- ROS. (Fuera.) Hasta luego, Blasa; yo tengo que hacer aquí!
- LOS DOS. ¡Rosalba! Rosalba! (Éntranse precipitadamente en sus respectivas cabañas.—Sale Rosalba por el fondo izquierda.)

ESCENA II.

ROSALBA.

MUSICA.

I.

Habrá quizás
moza en la aldea
que pueda ser
mejor que yo.

Tal vez será
más linda ó fea,
pero más juguetona, no.
¡Que salga aquí
quien más que yo
se atreva á más!
Yo soy así
cuando se trata
de enamorar.

II.

En lid de amor
voy en mal hora,
tras un zagal
encantador.
Mas el bribon
que el alma adora,
mira ya con desden mi amor.
¡Y él está ahí!
veremos hoy
quién puede más.
Yo soy así
cuando se trata
de enamorar.

HABLADO.

¡Todos los dias lo mismo! vengo á cantar á la ventana de ese trastuelo por quien me estoy muriendo de amor. —¿Te haces el sordo, eh? espera... espera... (Coge una piedra y la tira á la ventana de la cabaña de Zafiro.—Ruido de cristales rotos.—Zafiro aparece furioso en la ventana.)

ESCENA III.

ROSALBA y ZAFIRO.

ZAFIRO. (Viendo á Rosalba.) ¡Tú otra vez!

ROS. Sí.

ZAFIRO. Déjame en paz.

ROS. No quiero.

ZAFIRO. Si bajo!...

ROS. Eso es lo que yo deseo.

ZAFIRO. Sí? pues espera. (Cierra la ventana.)

ROS. (Al público.) Van ustedes á verle y me van á decir si es posible no querer á este chaval. (Sale Zafiro de la cabaña.)

ZAFIRO. Vamos, ya estoy aquí; ¿qué quieres?

ROS. Decirte que te amo.

ZAFIRO. Me lo has dicho quinientas veces, y te he contestado que perdías el tiempo.

ROS. ¡Ya lo sé! pero eso qué importa? yo te quiero á tí y basta. Te quiero por muchas razones.—Primera: tu existencia es misteriosa.—Un día apareciste en la aldea y compraste esta cabaña.—¿De dónde viniste? ¿Quién eres? Nadie lo sabe. Yo conozco á todos los mozos del pueblo, pero á tí no, y deseo conocerte. Segunda: tú no eres un pastor como los demás.—¿Quién te ha hecho ese jubon de raso? El sastre del pueblo no puede ser.—Te das pomada en el pelo y tienes las manos tan blancas... tan suaves! tan finas! Mira, por eso te quiero.

ZAFIRO. Muchas gracias por todo; pero yo no te quiero á tí.

ROS. Pero por qué?

ZAFIRO. No necesito dar explicaciones á nadie.

ROS. Es que yo lo sé; porque estás enamorado de esa ton-tuela que vive ahí.

ZAFIRO. ¿Florela?

ROS. Pues, Florela! no he visto zagala más melindrosa ni presumida; pero no tengas cuidado, en cuanto la eche la vista encima, se ha de acordar del santo de mi nombre.

ZAFIRO. Como hagas eso!...

ROS. Ya verás si lo hago. Pero no pensemos en ella, sino en nosotros.

ZAFIRO. ¿Qué quieres decir?

- ROS. Dame un abrazo.
- ZAFIRO. ¡Oh!
- ROS. Vamos! dame un abrazo.
- ZAFIRO. Pero es que...
- ROS. (Amenazadora.) Mira que si no me abrazas, si no me abrazas... (Subiéndose las mangas del vestido.) ¿No quieres? no quieres? (Terror de Zafiro. Rosalba se dirige á él resuelta. Zafiro pasa á la izquierda.)
- ZAFIRO. Si te arrimas... te arrimo...
- ROS. No te temo! conque... no quieres?
- ZAFIRO. No.
- ROS. Á la una! á las dos!
- ZAFIRO. Qué no! (Rosalba salta sobre él. Zafiro huye. Rosalba le persigue. Vánse por el fondo derecha. Música en la orquesta.)
- ROS. Pues ahora lo verás.

ESCENA IV.

POPOLANI, despues el CONDE.

- POPOL. (Por la derecha pensativo.) Si la habrá! si no la habrá? ¿Y si no la hay? Diante de compromiso! (El Conde le pone la mano en el hombro.)
- CONDE. Popolani! (Susto.)
- POPOL. Excelentísimo señor! (Inclínase profundamente.)
- CONDE. ¡Alza! yo te lo consiento.
- POPOL. Aquí el Conde Oscar! el primer ministro, el favorito de su majestad el rey Pipino.
- CONDE. Podria negártelo, pero no me gusta mentir sino cuando me conviene. Yo soy, pero silencio.
- POPOL. Seré mudo.
- CONDE. Qué me place encontrarte! dos antiguos camaradas...
- POPOL. De los cuales el uno ha servido más que el otro.
- CONDE. Es cierto. No me gusta mentir sino cuando me conviene. Tú no has pasado de alquimista de Barba Azul, y yo he llegado á primer ministro.
- POPOL. ¿De qué medio os habeis valido para alcanzar tan alta posicion?

- CONDE. Del medio de las mujeres.
- POPOL. No me disgusta.
- CONDE. ¿Y tú, estás contento?
- POPOL. No puedo quejarme: pero mi nombre no quedará en la historia, al paso que el vuestro...
- CONDE. ¡Ah! no me tengas envidia! Si tú supieras!
- POPOL. Todos dicen lo mismo!
- CONDE. Hablemos de otra cosa. (Pasa á la derecha.) Fuerza es convenir en que tu amo es un solemne bribon.
- POPOL. (Turbándose.) ¡Cómo!
- CONDE. ¿Qué hace con sus mujeres? ¡Cinco en tres años! porque creo que está otra vez viudo.
- POPOL. Desde el jueves.
- CONDE. Es raro!
- POPOL. Raro no! es triste.
- CONDE. Es triste! Hablemos de otra cosa. (Pasa á la izquierda.) ¿Qué vienes á hacer á esta aldea?
- POPOL. Caprichos de mi amo! Vengo á buscar una doncella inocente, pura y casta. Mucho me temo no encontrarla. Quiere dar un premio á la virtud; una rosa.
- CONDE. ¡Ojalá hubiera pensado siempre así!
- POPOL. He dado un pregon y ya lo saben todas las muchachas de la aldea. Antes de un cuarto de hora estarán aquí.
- CONDE. ¿Las mozas del pueblo? sí; y estás seguro de encontrar?...
- POPOL. Ya os he dicho que lo que es seguro... seguro no.
- CONDE. ¿Y por qué? Cuando á mi señor y amo, el rey Pipino, se le antoja dar un premio á la virtud y coronar á una doncella, yo tengo medios de encontrar siempre una.
- POPOL. ¿Y cuáles son?
- CONDE. Reuno unas cuantas mozas y rifo la rosa entre ellas. La suerte decide.
- POPOL. ¡Qué idea!
- CONDE. Excelente; porque si no hay doncellas, la que alcanza el premio tiene que serlo por fuerza, al ménos oficialmente; y si las hay, como ya se han conformado con lo que disponga la suerte ..

POPOL. No me parece mal... y voy á probar...

CONDE. Harás bien.—Hablemos de otra cosa. (Pasa á la derecha.)

POPOL. ¿De qué?

CONDE. Del objeto de mi venida á estos lugares. Vengo á buscar á una jóven princesa.

POPOL. Á una princesa?

CONDE. Sí, la hija del rey mi amo.

POPOL. No comprendo.

CONDE. Escucha. Hace diez y ocho años el rey tuvo una hija; tres años despues un hijo: apenas tuvo un varon, la idea de que una hembra heredase su trono se le hizo insoportable. «Quiero que reine mi hijo y no mi hija,» decia. Yo le propuse establecer la ley sálica, pero me contestó: «No quiero hacer innovaciones, que siempre son peligrosas, quiero respetar las costumbres de nuestros mayores, y prefiero matar á mi hija.» Como lo dijo se hizo. Se colocó á la niña en un canastillo, y este canastillo se lanzó al rio.

POPOL. Se hundiria.

CONDE. No lo sé. Por desgracia el Príncipe no correspondió á las esperanzas que en él se habian fundado, y cuando al apuntar el floreciente bozo en su labio, se trató de darle una educacion varonil, y sacarle de entre las faldas de las mujeres que le criaron, tanto se habia acostumbrado á ellas, que no hubo fuerzas humanas que lo consiguieran: tornóse idiota y se creyó imposible que pudiera un dia regir los destinos de ciento veinte millones de ciudadanos pacíficos y honestos. En otro tiempo no hubiera sido difícil, pero con las ideas modernas...

POPOL. Es claro! con esa tendencia analítica, esa instruccion enciclopédica, esa libérrima emision del pensamiento, y esa crítica típica que el espíritu ingénito característico y rápido del...

CONDE. No me hables de eso... que no lo entiendo.

POPOL. Ni yo.

CONDE. ¿Qué haremos? exclamó el Rey, y entónces Rosalia...

POPOL. ¿Rosalia?

CONDE. La reina! fué un *lapsus linguæ*, la reina Rosalia recordó que habia tenido una hija:—«Es verdad, repuso el rey, ya no me acordaba;» y dirigiéndose á mí:—«Conde Oscar, me dijo, os doy veinte y cuatro horas para encontrar á la princesa.» Saludé, tomé un baño, y partí.

POPOL. ¿Esperando encontrarla?

CONDE. Esperando encontrarla.

POPOL. ¿Y si no la hallais?

CONDE. Llevo la primer moza que encuentre á las gradas del trono... pero... creo que daré con la verdadera.

POPOL. ¿Y cómo?

CONDE. He reunido la junta superior de puentes y calzadas y la he presentado esta cuestion:—«Una cuna lanzada á un rio llegará al mar?» Sí, me contestó la junta, como no haya obstáculo.—Hay obstáculo en nuestro rio? En frente del castillo del señor de Barba Azul hay breñas, troncos y pedriscos que impiden el libre curso de las aguas: deduccion lógica; aquí se ha debido parar la canastilla; aquí debe estar la Princesa.

POPOL. ¡Gran raciocinio!

CONDE. ¡Oh! raciocinando así, es como se gobierna á los hombres; raciocinando así, y aprovechando los pensamientos felices... ahora tengo uno ¿no se van á reunir aquí las doncellas del canton para optar á la rosa virginal?

POPOL. Sí.

(Sale por la izquierda Zafiro y Rosalba; el primero desolado y perseguido por la segunda, se encierra en su cabaña. Rosalba encuentra la puerta cerrada.)

ROS. ¡Se me escapó!

ESCENA V.

Los MISMOS, ROSALBA.

POPOL. ¡Calla! ¡Rosalba!

ROS. El señor alquimista.

- POPOL. ¿Qué haces?
- ROS. Un poco de ejercicio... para abrir el apetito.
- CONDE. (Cogiéndola por la cintura.) Qué niña tan bonita!... muy bonita! (Pasa el centro.)
- POPOL. (Cogiéndola también por la cintura.) Ya lo creo!
- ROS. (Pasando á la izquierda.) Eh! que tengo cosquillas.
- POPOL. (Ap. al Conde.) ¿Por qué no la haceis princesa real?
- CONDE. (Bajo.) No sé si debo... ¿Por qué no la das la rosa?
- POPOL. (Bajo.) ¿Á esta?... no puede ser!
- CONDE. No me extraña!... es muy hermosa.
- POPOL. ¡Soberbia! Aquí vienen las zagalas y con ellas todo el pueblo. (Salen por todos lados Aldeanas y Aldeanos, y con ellos el Escribano, que trae pluma, papel y tintero. Rosalba se sienta en el banco que está al lado de la cabaña de Zafiro. Durante el coro siguiente el Conde Oscar examina á todas las jóvenes.)

ESCENA VI.

EL ESCRIBANO, POPOLANI, EL CONDE, ROSALBA, ZAGALES y ZAGALAS.

MUSICA.

- CORO. Aquí somos convocados
por mandato superior,
diga al punto el mayordomo
lo que anhela su señor.
- POPOL. Zagales y zagalas,
los que os hallais aquí,
oid, oid!
lo que voy á decir.

RONDÓ.

Tiene, niñas, cierto afan
el señor de Barba Azul;
ya sabeis que es más galan
que el gran sultan
de Estambul.

Ayef me dijo: «Yo quiero
doncellita por mujer,
y oscuro es, á lo que infiero,
lo que nadie llegó á ver.
Hay un medio que buscar,
un medio llano y sencillo;
tomad aquel canastillo
y que decida el azar.

—
Este es, niñas, el afan
del señor de Barba Azul;
ya sabeis que es más galan
que el gran sultan
de Estambul.

(Durante esta repeticion ponen una mesa y un taburete en la espesura florida de la izquierda. Siéntase el Escribano, prepara sus papeles y se dispone á escribir.)

POPOL.

Llegad,
pollitas del canton;
venid, notad
la filiacion.

CORO DE MUJERES. (Rodeando al Escribano.)

¡La filiacion!
¡Tiene razon!
Lindo doncel,
curial gentil;
toma el papel,
ponte á escribir.

(El Escribano apunta los nombres de las mozas en papelitos.)

ROS.

(Se levanta pensativa y vacilante y llega al centro. Ap.)

¿Deberé ir?
ó no deberé acudir?
Á fe que á tal pregunta
no sé decidir...

¡Ah! ¡bah!

¿qué pierdo yo con ir?

(Alto y con resolucion al Escribano.)

¡Buen Escribano!
ponedme á mí!

(Sensacion.)

CORO DE HOMBRES. No, no! Rosalba!
¿qué piensas tú?
es un premio
á la virtud.

CORO GENERAL. ¡No! no! Rosalba!
¿qué piensas tú?
es un premio
á la virtud.

(Durante el coro, las mujeres rodean á Rosalba y la impiden acercarse al Escribano. Rosalba, irritada, las rechaza y se desprende de ellas.)

I.

Ros. No sé por qué,
mozas bizarras,
no sé por qué
no he de jugar
este azar.
¿Quereis reñir?
¡abrid las garras!
¡soy varonill
¡yo sé luchar!
¡voto vá!
Y si es un hecho
vuestro derecho,
á igual honor
pretendo yo aspirar.
Yo voy tambien
á mi provecho,
la suerte al fin
decidirá.

II.

Es cierto, sí,
que siempre ansío
correr fugaz,

tras el amor
seductor.
Jamás, jamás
tuve desvío
para templar
el vivo ardor
del amor.
Y si es un hecho
vuestro derecho,
á igual honor
pretendo yo aspirar.
Yo voy tambien
á mi provecho,
la suerte al fin
decidirá.

(Dá su nombre al Escribano y vuelve al centro.)

HABLADO.

- POPOL. (Al Escribano.) ¿Están ya todos?
ESCRIB. Sí señor.
POPOL. ¿Y dónde echamos las cédulas?
ALD.^a Aquí hay una canastilla. (Toma la canastilla que está en el
reborde de la ventana de Florela y se la da á Popolani.)
POPOL. ¿Quién la sostiene?
CONDE. Yo, si quereis.
POPOL. (Dando la canastilla al Conde.) Vos os dignais, señor!...
(Bajo.) Habeis descubierto...
CONDE. (Ap.) Nada aud... pero... creo... siento una voz in-
terior...
POPOL. (Ap.) ¡Me alegro! (El Conde pasa el lado del Escribano, el
cual pone todas las cédulas en la canastilla.) Ea pues; aten-
cion que se va á hacer el sorteo: Se vá á sacar una pa-
peleta; una sólo, entendeis? y alcanzará la rosa la za-
gala cuyo nombre esté escrito en ella. Las órdenes de
mi amo y señor son, que inmediatamente despues del
sorteo se conduzca á la agraciada con gran pompa á

su casa, y se la adorne con un magnífico traje. Después será llevada á la presencia del alto y poderoso señor de Barba Azul, que ceñirá á su sien la corona virginal con sus propias manos.—Atencion! que vá á comenzar. Para sacar el premio á la inocencia vendería una mano inocente.

ROS. (Adelantándose.) ¡La mia!

TODAS. ¡La mia!... la mia... la mia!...

POPOL. No, un niño!... un niño!... (Viendo uno á la derecha.) Aquí hay uno!... Ven acá, hijo mio... ven acá...

NIÑO. No quiero.

MUJER. (Empujando al niño.) Anda, hijo mio; anda, á ver si sacas á tu madre.

POPOL. (Conduciendo al niño al lado del Conde.) No tengas miedo... mira, saca un papelito de esta canastilla. (Vuelve á la derecha.)

NIÑO. (Saca un papel, se le dá á Popolani y vuelve al lado de su madre.) Ya está!

POPOL. (Toma el papel, le desdobra y grita.) ¡Rosalba! (Se llevan la mesa y el taburete.)

MUSICA.

CORO. ¡Voto al alba!
 Es Rosalba!
 ¡Oh cielo! ¡quién creyera!
 No hay más que hablar!
 no hay más que ver!
 ¡Subirla á tal esfera!
 hay que callar
 y obedecer.

(Durante el coro, el Conde ha examinado la canastilla que tiene en la mano y da muestras de una violenta emocion.)

CONDE. ¡Oh prodigio!
 ¡oh maravilla!
 ¿De quién será
 la canastilla?

De quién,
de quién es
la canastilla?

CORO. ¿La canastilla?

CONDE. ¿De quién?

CORO. ¿De quién?

CONDE. Sí, sí, sí, sí.

ROS. La canastilla es de Florela.

CORO. De Florela.

ROS. La mozueta
que vive ahí.

CONDE. ¡Basta! ¡cesad!
todos marchad,
todos partid.

Sí,
todos, todos, todos, todos,
sí.

CORO. Obedeced,
todos partid.

¡Sí!
todos, todos, todos, todos,
sí.

(Durante la última parte, Popolani ha cogido las flores que habia en la canastilla y ha adornado á Rosalba con ellas.—Al fin del coro la dá la mano y váse con ella por la izquierda.—Todas las Zagalas los siguen.—Vánse los Zagales por la derecha.—El Conde queda solo.)

ESCENA VII.

El CONDE, despues FLORELA.

CONDE. (Solo, con la canastilla en la mano.) No vuelvo de mi asombro! Florela dijeron. (Pone la canastilla en el reborde de la ventana y llama á la puerta de la cabaña de Florela.)

FLOR. (Saliendo de la cabaña.) ¿Qué se os ofrece?

CONDE. Dos palabras, hermosa niña.

FLOR. ¿Quereis flores?

- CONDE. No valen todas las de tu jardín lo que vengo á ofrecerle.
- FLOR. Hablad paso, y si quereis burlaros seguid vuestro camino.
- CONDE. Mal me comprendisteis.
- FLOR. Explicaos.
- CONDE. Vos sois hija...
- FLOR. Del tío Sabas.
- CONDE. ¿No habeis oido decir nunca que el tío Sabas no era vuestro padre?
- FLOR. Sí, alguna vez.
- CONDE. Y no habeis dudado?...
- FLOR. Siempre lo he tomado á broma.
- CONDE. Pues no debisteis tomarlo... Recordad! recordad!
- FLOR. ¿Qué quereis que recuerde?
- CONDE. Remontad la memoria á los primeros años de vuestra infancia... ¡Un palacio! ¡grande! ¡muy grande! guardias con corazas de oro; damas con riquísimos atavíos; jóvenes gallardos; y en medio de todos, llevando de la mano á su mujer, un marido con la cabeza coronada. —¡Lujo y esplendor! miseria y vanidad! en fin, una córte! Recordad! recordad!
- FLOR. Sí! ya me acuerdo! ya me acuerdo!
- CONDE. Y luego... repentinamente, una gran sensacion de frescura... ¡humedad! ¡mucho humedad! agua! agua por todos lados! Un río... al frente... detrás... alrededor... á derecha é izquierda las márgenes: sobre el río el firmamento; sobre el firmamento el río; un cesto, que va, que viene, que flota; en el cesto una niña... recordad! recordad!
- FLOR. Sí; ya me acuerdo! ya me acuerdo!
- CONDE. No digais más! Vos sois la princesa Coralina! Vos sois la hija del rey mi amo y señor.
- FLOR. (Estupefacta.) La hija?...
- CONDE. (Arrodillándose.) Del rey Pipino.
- FLOR. La hija del rey Pipino? (Con gravedad.) Alzad! Pero el rey Pipino tiene un hijo!

- CONDE. El príncipe vuestro hermano.
FLOR. Menor que yo? .
CONDE. Menor que vuestra alteza.
FLOR. Luego mi alteza es la heredera?
CONDE. Así es.
FLOR. ¿Y adónde vamos?
CONDE. Á la córte del rey vuestro padre.
FLOR. ¿Y cuándo nos vamos?
CONDE. Ahora mismo: no tengo más que llamar á mi servidumbre, que está á dos pasos de aquí con un palanquin. ¿Pero al partir no os quereis llevaros algo de estos lugares?
FLOR. ¿Que si quiero llevarme algo? Vaya si quiero! (Se dirige á la cabaña de Zafiro.) Zafiro! Zafiro! sal. (Sale Zafiro.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, ZAFIRO.

- ZAFIRO. Aquí estoy! ¿qué quieres?
CONDE. (Mirando á Zafiro con los lentes.) ¿Qué es esto?
FLOR. Esto? Lo que yo me quiero llevar.
CONDE. ¡Un pastor?
FLOR. Un pastor.
CONDE. ¿Y lo imaginais, princesa?
ZAFIRO. ¿Princesa?
FLOR. Sí, señor; hace poco era zagala; pero ahora soy la hija del rey Pipino.
ZAFIRO. ¿Pipino?
FLOR. Eso te apesadumbra, verdad? Crees que nos vamos á separar y que olvidaré las promesas que nos hemos hecho? No temas; te vienes conmigo.
CONDE. Pero, princesa...
FLOR. (Con autoridad.) Se viene conmigo. Llamad á vuestra servidumbre y partamos.
CONDE. Vuelvo á rogaros...
FLOR. Partamos digo.
CONDE. ¡Llevarse un pastor! Si fuera un cordero... aunque fuese todo el rebaño; pero al pastor...

FLOR. ¿No habeis dicho que soy la hija del rey?

CONDE. Sin duda.

FLOR. Pues obedeced.

CONDE. (Inclinándose.) ¡Princesa! (Dirígese al fondo izquierda y hace una señal.—Salen cuatro pajes seguidos de cuatro hombres que traen un palanquin que dejan en medio de la escena.)

MUSICA.

CORO DE CONDUCTORES Y PAJES.

Subid en el palanquin,
palanquin con pabellon.

¡Voto á brios!

¡voto á brios!

¡Ay, qué palanquin!

¡ay, qué calor!

FLOR. (Á Zafiro.)

Ven, y sigue el palanquin;
palanquin con pabellon.

¡Ah bribon!

¡ah bribon!

Qué palanquin!

qué balancin

para el amor!

(Se instala en el palanquin, los conductores le levantan: en este momento, Barba Azul, seguido de sus guerreros, aparece en la montaña.—Las cortinas del palanquin están descorridas.—Barba Azul ve á la princesa Coralina y se apodera de él una violenta emocion.)

CORO.

Subid en el palanquin,
palanquin con pabellon.

¡Voto á brios!

¡voto á brios!

¡Ay, qué palanquin!

¡ay, qué calor!

(Pónense en marcha y vánse por el fondo izquierda, precedidos por el Conde y seguidos por Zafiro.)

ESCENA IX.

BARBA AZUL , GUERREROS.

Cuando la comitiva ha desaparecido, Barba Azul baja á la escena seguido de sus guerreros.

BARBA.

¡Oh Dios! otra mujer
divina entre divinas!
¿por qué no he de vencer
el poder
que me fascina así?
¿Por qué ha de ser
que muertes repentinas
sepárenlas de mi?

COPLAS.

1.

Mi primera esposa ha muerto;

—¿cómo fué?

—lo sé de cierto;

—¡la faltó respiracion!

La segunda y la tercera,

así como la primera,

¡suerte fiera!

¡se marcharon de rondon!

Ya la cuarta está enterrada,

y la semana pasada

murió la quinta tambien.

Yo de espanto salto y brinco!

una, dos, tres, cuatro, cinco!

¡morir en un santiamen!

Yo soy Barba Azul ¡chipé!

un gran viudo y un gran pez!

CORO.

Ese es Barba Azul ¡chipé!

un gran viudo y un gran pez!

II.

BARBA. Soy señor muy conocido
por mi nombre y mi apellido:
y es muy fácil comprender
que mi solo pensamiento
reemplazar es al momento
la mujer con la mujer.
Esto es ya cosa arreglada;
ya la sexta está buscada
con intento tan sutil,
que en mi ardieute devaneo
de la sétima ya veo
el encantador perfil.
Yo soy Barba Azul ¡olé!
un gran viudo y un gran pez!

CORO. Este es Barba Azul ¡olé!
un gran viudo y un gran pez!

(Sale Popolani por la izquierda; los guerreros se retiran al foro.)

ESCENA X.

LOS MISMOS, POPOLANI.

HABLADO.

BARBA. ¿Eres tú, mi leal alquimista?

POPOL. (Inclinándose.) ¡Monseñor!

BARBA. ¿Sabes quién es la jóven que va en aquel palanquin y á quien acompaña, segun creo, el conde Oscar?

POPOL. Esa jóven, sea quien fuere, es la propia hija del rey Pipino.

BARBA. ¡Quá casualidad! la veré en la córte, cuando presente al rey mi nueva esposa.

POPOL. ¿Vuestra nueva esposa, monseñor?

BARBA. ¿Imaginas tú que á mi edad he de vivir sin mujer?

POPOL. ¡Esto es horrible! ¡horrible! ¡muy horrible!

- BARBA. ¡Te estremeces! La idea que á mí me regocija á ti te aterra?
- POPOL. Y es natural, porque yo soy el que...
- BARBA. Silencio.—Despues que mi amor las tiene despiertas. algun tiempo, tú te encargas de hacer dormir á mis esposas con un sueño refrigerante que nunca termina; ¡oh, terrible alquimista!
- POPOL. ¿Y no os enciende el rostro el rubor?
- BARBA. No! y debo decirte que encuentro en mi condicion un perfume tan poético!... Yo no amo á una mujer, las amo á todas; y creo que si me dedico exclusivamente á una, injurio á las demas. Esto unido á que mis escrúpulos no me permiten tomar mujer sino por medio de legítimo matrimonio, te explicará mi conducta y la razon lógica de mis determinaciones.
- POPOL. Pero en fin, me permitireis preguntaros quién es esa nueva esposa?
- BARBA. ¿Quién lo sabe? Ni yo mismo lo sé.—¿Has cumplido mis órdenes?
- POPOL. Sí, monseñor. Vais á coronar á la doncella...
- BARBA. ¿Qué cosa es?
- POPOL. Una mujer.
- BARBA. Ya lo comprendo. Pero de qué género?
- POPOL. Del género de rechupete. (Dándole un golpe en el vientre.)
Dispensad, señor.
- BARBA. ¿Se parece á las mujeres que hasta aquí he tenido?
- POPOL. ¡Oh! no señor, no imagineis encontrar otra Isaura de Valbon.
- BARBA. ¡Adorada Isaura! ¡Cuánto te he amado! ¿Conque no se parece?
- POPOL. Como un huevo á una castaña.
- BARBA. Habla pues: tengo que sacarte las palabras una á una.
¿Cómo es esa doncella? hazme su retrato.
- POPOL. (Mirando por la izquierda.) ¡Es inútil! aquí está. (Sale Rosalba con su acompañamiento por el fondo izquierda.)
-

ESCENA XI.

LOS MISMOS, ROSALBA, con traje blanco lleno de flores de azahar, ZAGALES
y ZAGALAS de acompañamiento.

El ESCRIBANO está á la cabeza: despues Rosalba con velo entre dos jóvenes vestidas de blanco como ella: una de estas jóvenes trae una corona de azahar, otra una inmensa torta de harina. Aldeanos y Aldeanas llevan puestas flores y cintas: cuando llegan al centro del teatro, Rosalba se detiene; y las dos jóvenes se quedan detrás, la que lleva la corona á la izquierda, la otra á la derecha.

MUSICA.

CORO.

¡Honor! ¡honor!
á monseñor!
porque quiere premiar
la virtud singular.
¡Qué gran favor
hoy nos dispensa!
hoy al honor
da recompensa.

BARBA.

¡Honor! honor
á monseñor!
La excelencia
de ese don
es corona y galardón
de la inocencia.

(Dos zagalas jóvenes levantan el velo con que se cubre Rosalba, esta, conmovida, saluda á Barba Azul, que en medio del silencio general, se acerca á ella y la examina con proligidad: despues de este exámen, Barba Azul se adelanta al proscenio y dice con entusiasmo.)

COPLAS.

¡Dios! qué mujer!

Esto se llama
una morena!
una chiquilla!
¡Ay, qué buena!
¡Válgame Dios!
qué lindo pie.
¡Olé! no gasta
nada postizo,
que cuanto tiene es rollizo
y de poder.

CORO. Y de poder!

(Una Aldeana que trae un inmenso pastel de harina, le pone delante de Rosalba.)

POPOL. (Á Rosalba.)

Pues bien, venid,
pues bien, llegad;
y sobre el pastelón
la rodilla doblad.

(Rosalba se arrodilla.)

CORO. Para Rosalba,
¡qué grande honor!
¡viva Rosalba!
¡viva monseñor!

POPOL. (Hablado.) Silencio! Silencio! De monseñor admirad la elocuencia.

BARBA. (Tomando la corona y poniéndosela á Rosalba.)

I.

Al recibir
el testimonio
de tu virtud
y tu candor,
tú me has de hacer
formal promesa
de ser así,
¡mujer de honor!

ROS. (Levantándose.)

Lo prometo, sí!

¡Ah! sí! ¿por qué no?
lo que siempre fui
siempre seré yo.

(Vuelve á arrodillarse.)

II.

BARBA.

Y si quizás
te doy muy pronto
un esposo así cual yo,
júrame ser
mujer constante,
¡digna mujer
de tal señor!

ROS.

(Levantándose.)

Yo lo juro, sí;
¡Ah! sí! ¿por qué no?
lo que siempre fui
siempre seré yo.

BARBA.

¡Atended!
oid! escuchad,
mi proyecto admirad!
Para alcanzar prestigio,
¡oh, qué prodigio!
haré una senda
barbaridad.

Yo noble y gran feudal,
señor de horca y cuchillo,
señor de Barba Azul
y de cualquier color;
hoy me propongo unir
la choza y el castillo,
y esposo á ser me humillo
de la hija de un pastor.

CORO.

(Con curiosidad.)

¿Una zagala?

BARBA.

(Señalando á Rosalba.)

Esta zagala.

POPOL.

(Ap.

¡Qué buena zagala!

- CORO. Qué buena!
 qué buena zagala!
- ROS. (Asombrada.) ¡Eso es verdad,
 noble señor?
- BARBA. (Con sencillez y grandeza.)
 Mi palabra de honor.
- ROS. (Haciendo una cortesía.)
 ¡Ah! para mí ¡qué honor!
- POPOL. (Ap. á Rosalba.)
 Mujer de Barba Azul,
 ¿y no tendrás pavor?
- ROS. (Bajo á Popolani.)
 ¿Quién? ¿yo?
 no!
- Jamás yo temí al señor,
 ningun hombre me causa temor.
- BARBA. Lo comitiva se prepare
 para volver á mi mansion.
 Ya se dió fin á la gran fiesta,
 partid! partid, sin dilacion.
- Los caballeros
 en este viaje
 irán á caballo
 si tienen en qué!
 Y los de á pie,
 segun costumbre,
 si van á pie,
 irán á pie.
- CORO. Y los de á pie,
 segun costumbre,
 los de á pie
 irán á pie.
- BARBA. Marchad! partid,
 detrás venid,
 sí, sí;
 no hay que tardar,
 que me voy á casar.

- Marchad, partid,
detrás venid,
sí, sí;
pronto al altar,
que no quiero tardar.
- CORO. Marchad! partid,
detrás venid,
sí, sí;
no hay que tardar,
porque se va á casar.
Marchad! venid,
detrás partid,
sí, sí;
se va á casar,
no es cosa de esperar.
- ROS. (Ap. mirando á Barba Azul.)
Yo sé que el que me adora
es un gran animal,
¡mas bah!
aquel que no se arriesgue
no pasará la mar.
- BARBA. y CORO. Marchad, partid,
detrás venid,
sí, sí;
no hay que tardar,
que me voy { á casar.
porque se va {
Marchad, partid,
detrás venid,
sí, sí.
- BARBA. Pronto al altar,
que no quiero tardar.
- CORO. Se va á casar
no es cosa de esperar.
- TODOS. ¡Al paso id!
ta, tí, ta, tí;
despues trotad,

tris, trás, tris, trás.

Y galopad,

halá! halá!

luego escapad,

halá! halá!

halá! halá!

Trá, la, la, la, la,

trá!

POPOL.

Vamos andando,

rebaño feudal;

andando,

marcando el compás.

Á los amantes

acompañad!

(Durante la repetición del coro, la comitiva se pone en marcha partiendo de la izquierda, atravesando la escena por el proscenio y dirigiéndose á la montaña. La mitad de los guerreros abre la marcha, despues vienen las zagalas, luégo Barba Azul y Rosalba; despues el resto de los guerreros, y finalmente, los zagales.— Popolani y el Escribano dirigen la marcha.)

TODOS.

Marchad, partid,

detrás venid, etc.

Al paso id,

ta, tí, ta, ti, etc.

BARBA.

(Tomando á Rosalba de la mano.)

Yo soy Barba Azul, ¡chipé!

un gran viudo y un gran pez!

CO RO .

Este es Barba Azul, ¡chipé!

un gran viudo y un gran pez!

(Cuando llegan á la mitad de la montaña, Barba Azul y Rosalba se detienen y saludan á los zagales que han quedado en la escena y levantan sus sombreros.—Cuadro.—Cae el telon,)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La sala de los progenitores con retratos de cuerpo entero: al fondo tres grandes corredores que dan á una galería.—Á la derecha, en el segundo término, puerta de la cámara del Rey; al frente, en el mismo término, la de la Reina. Á los lados, grandes tiestos sobre zócalos.—Á la derecha y en el proscenio un velador; á su lado el sillón del Rey, al frente el de la Reina, que ha de ser igual.—Sillones en la escena.

ESCENA PRIMERA.

ARNOLDO, CORTESANOS, despues el CONDE, luégo un PAJE. Arnoldo está el primero de la izquierda.

MUSICA.

CORO. Nuestro augusto
 Rey Pipino,
ya abandona el lecho real.
 Un colgajo
 y un destino,
bien podremos alcanzar.

(Sale por el fondo el Conde Oscar, pensativo.)

El señor privado
está preocupado.

:

CONDE. (Saludando.) Señores!... yo os saludo.
CORO. (Saludando.) ¡Mandad, señor, mandad!
CONDE. (Ap.) Empezad á fingir
con torpe adulacion,
que en doblarse y mentir
está la esencia
de la ciencia
del áulico salon.
Bueno es saber vivir
y transigir
con la conciencia.

(Hablado. Á los cortesanos.)

Lo voy á ver.—Escuchad, señores.

COPLAS.

I.

CONDE. Del cortesano el oficio
de aprender difícil es;
pues sujeta á su servicio
de la cabeza á los piés.
El que quiera pelear
doble la dorsal espina,
que se inclina,
que se inclina,
hasta que el Rey determina
si se debe ó no tronchar.

CORO. El que quiera pelear, etc.

(Profundas genuflexiones acompañan la frase: «Que se inclina,»
«que se inclina.»)

CONDE. El monarca siempre es sabio,
sus palabras apoyad,
y aplaudidle aunque su labio
diga una barbaridad.
El que quiera pelear
doble la dorsal espina,
que se inclina,
que se inclina,

hasta que el Rey determina
si se debe ó no tronchar.

CGRO. ! El que quiera pelear, etc.

HABLADO.

CONDE. (Ap. mirando á los cortesanos, que quedan inclinados profundamente.) Bien lo decía yo!

PAJE. (Saliedo por la derecha y anunciando.) El Rey!
(Los cortesanos que han formado círculo alrededor del Conde, pasan á la izquierda y se forman rápidamente en dos filas, quedando Arnolde siempre el primero. El Rey Pipino sale por la derecha: los cortesanos y el Conde se inclinan profundamente.)

CONDE. ¡Su majestad Pipino!

ESCENA II.

LOS MISMOS, el REY, seguido de otro PAJE.

REY. Dos pulgadas más bajos que ayer! Perfectamente!
(Despues de haber mirado las filas y manifestando una viva satisfaccion, los Pajes quedan detrás del veador.) Perfectamente. (Viendo que Arnolde está ménos inclinado que los demas.) ¡Calla! Me parece... (Reconociéndole.) ¡Arnolde! ¡siempre Arnolde!... Paciencia!... paciencia! (Le da un golpe sobre la cabeza para igualarle á los demas.) ¡Á nivelarse! á nivelarse! (Momento de silencio, da dos palmadas.) ¡Pan! pan! (Los cortesanos se levantan como movidos por un resorte.) Conde Oscar, leed el programa.

CONDE. (Tomando un papel que le entrega el Paje 2.º) «Primero. Á las »dos. Recepcion del príncipe Zafiro, que viene á con- »traer matrimonio con la Princesa Coralina. Recibido »que sea en los jardines por los altos mandatarios de »la córte, que entonarán la cantata número cinco.»

REY. ¡Dia feliz!
¡dia feliz!

ARN. (Continuando el aire.)

¡Día feliz!

- REY. (Con severidad.) ¡Basta ya! ¡Continuad, Conde Oscar!
- CONDE. «Recibido que sea por los altos mandatarios de la corte el joven Príncipe, será conducido por mí á la presencia del Rey, de la Reina y de la joven Princesa — »Cuadro doméstico... desahogos de familia.»
- REY. (Volviéndose hacia Arnoldo.) Estais hablando, señor Arnoldo.
- ARN. No, señor.
- REY. Os digo que estais hablando.
- ARN. Palabra de caballero.
- REY. ¿Insistís? ¿No sabéis que cuando se habla al rey, se debe guardar silencio? Continuad, Conde.
- CONDE. (Leyendo.) «Á las tres. Recepcion del señor de Barba »Azul y su nueva esposa.—Cantata número nueve.»
- REY. (Cantando.) Ya llega la del mundo
pareja más feliz.
- Continuad.
- CONDE. (Leyendo.) «Recepcion de gala y besamanos en el salon »de los progenitores.» (Todos los cortesanos se inclinan ante los retratos de los progenitores; el Rey da dos palmadas y se levantan.) «Á las ocho comida. Á las doce el casamiento »de la Princesa y el Príncipe.—Cantata número veintidos.»
- REY. (Cantando.) ¡Himeneo! ¡himeneo!
tú colmas su deseo.
- CONDE. (Leyendo.) «Á las doce y media fuegos artificiales, concierto y baile.»—No hay más. (Devuelve el papel al Paje.)
- REY. No necesito recordaros, señores, que la etiqueta es de rigor en esta clase de ceremonias. Así, pues, os podeis marchar ya. Vos, Arnoldo, esperad. (Da dos palmadas.)
- CORO. El que quiera pelear
doble la dorsal espina,
que se inclina,
que se inclina,
hasta que el Rey determina

si se debe ó no tronchar.

(Vánse los cortesanos por el fondo, ménos Arnoldo, los Pajes por la derecha.)

ESCENA III.

ARNOLDO, el REY, el CONDE.

REY. (Á Arnoldo.) ¡Á qué hora os habeis levantado hoy?

ARN. Á la hora que guste vuestra majestad.

REY. (Ap. con amargura.) ¡Cómo han de saber los reyes nunca la verdad! (Alto á Arnoldo.) Entónces os habeis levantado á las siete, habeis bajado á los parques, habeis encontrado en ellos á una dama.

ARN. Á la Reina.

REY. Á esa dama no la nombraremos.—No es conveniente nombrarla! ¿Sois casado?

ARN. No, señor.

REY. Pero al ménos tendreis hijos?

ARN. No, señor.

REY. Bien! Vuestros hijos y vuestra esposa tendrán en mí un segundo padre. Salid! nada más tengo que deciros.

ARN. (Cogiéndose la cabeza con las manos.) ¡Oh! estoy perdido! ¡estoy perdido! (Váse por el fondo.)

ESCENA IV.

EL REY, el CONDE.

REY. ¿Comprendiste?

CONDE. Señor! señor! más sangre!

REY. No hay remedio.

CONDE. Señor, ya son cuatro los que se han encontrado á la Reina en el parque, y que dos horas despues...

REY. (Horrorizado.) ¡Cuatro ya!

COMDE. Detengámonos, señor; vos sois la inteligencia que ordena, yo el brazo que ejecuta; y francamente, me voy cansando ya... Tengo devoradores remordimien-

tos... las noches son horribles!... Antes de ayer, sin ir más lejos, tuve un ataque... encendí un fósforo y me levanté precipitadamente. La condesa me dijo: «¿Á dónde vais, Conde?» Yo no me atreví á decirla que me atormentaban los remordimientos... y no sé lo que creyó.

REY. Lo comprendo bien!

CONDE. Detengámonos.

REY. Acabemos con este ahora, que ya veremos despues. (Pasando á la derecha.) Vamos á ocuparnos de los asuntos de estado. (Toea una carraca dorada que está sobre el velador. Sale un Paje por la derecha.) ¡Hola! que traigan el mundo. (Saca el Paje una esfera, la deja sobre el velador y váse. Al Conde.) ¿Habeis hecho observaciones en el horizonte político?

CONDE. Sí, señor.

REY. (Sentándose al lado del velador y divirtiéndose en dar vueltas al globo) Yo tambien! y tengo una opinion.

CONDE. (Acercándose.) No sé cuál es, pero soy de la misma.

REY. Sospecho que la conducta del señor de Barba Azul es turbia. Ya han desaparecido cinco mujeres. ¿No os ordené que cuando le vierais os dejarais caer?...

CONDE. Señor, temí romperme el alma. Pero cuando desapareció su tercera esposa, fuí á su casa y le saqué la conversacion diciéndole: ¡«Qué buena mujer era la difunta Isaura de Valbon.»—Buena! me contestó; buena, hacendosa y honrada, pero siempre lo mismo! siempre lo mismo! Creí que no debia continuar la conversacion.

REY. Hiciste bien. Paréceme, sin embargo, que tantos crímenes no deben quedar impunes. ¡Cinco mujeres!

CONDE. Ah, señor! sus cinco mujeres han desaparecido como yo por orden vuestra he hecho desaparecer...

REY. (Levantándose y pasando á la izquierda.) ¿Cómo puede compararse á un rey que tiene ciento veinte millones de vasallos un principillo de tres al cuarto?

CONDE. Señor...

REY. Ya ves que no es posible! Hace falta un castigo... y le habrá.

CONDE. El señor de Barba Azul tiene un cañon.

REY. ¡Ah! tiene un cañon.

CONDE. Y vos no teneis ninguno.

REY. ¿Cómo que no tengo?

CONDE. Todos se han empleado el año pasado en fundir vuestra estatua ecuestre.

REY. Pero desde que se hizo la estatua, ¿qué ha hecho el director general de artillería del dinero que le he dado?

CONDE. Lo gasta con damas.

REY. ¿Y por qué no me convida?

CONDE. Me convida á mí.

REY. ¡Ah! eso es otra cosa! (Cambiando de tono.) ¿Conque sois de opinion de que no debo castigar?

CONDE. No tan sólo no cástigarle sino recibirle con toda pompa y obedecerle si á tan temido señor le place ordenar alguna cosa.

REY. Le obedeceremos, Conde, le obedeceremos.

CONDE. ¿Lo disponéis así?

REY. Así lo dispongo. (Con orgullo y pasando á la derecha,) ¡Qué fuerte es un Rey cuando toma una resolucion radical!

ESCENA V.

LOS MISMOS, UN PAJE, despues la REINA seguida de otro PAJE.

PAJE. (Saliendo por la izquierda y anunciando) ¡La Reina! (Aparece la Reina con otro Paje.)

REY. (Mirando á la Reina: ap.) No deja de tener razon el señor de Barba Azul.—Me pasa á mí con la Reina lo que á él con Isaura de Valbon... lo mismo!... siempre lo mismo!... no en verdad... con alguna diferencia... esta es desagradable y estúpida. (Al Conde.) Conde Oscar, no olvideis que teneis que dar un recadito al señor Arnoldo. (El Conde se dirige al fondo.)

REINA. Á propósito de Arnoldo! Conde Oscar?

- CONDE. (Dirigiéndose á ella.) Señora!
- REINA. Decidle que he pensado en lo que me ha dicho, y que se podrá hacer.
- REY. (Ap. al Conde.) ¡Esto más! y querias que yo le perdonase!
- CONDE. Obedezco. (Váse por el fondo.—El Rey se pasea por la izquierda: los Pajes quedan á la derecha.)

ESCENA VI.

EL REY, LA REINA.

- REY. ¿Qué quereis de mí, señora?
- REINA. Acaban de notificarnos á mi hija y á mí el programa de la funcion.
- REY. ¿Y bien?
- REINA. Esta noche la princesa Coralina se casa con el Príncipe Zafiro.
- REY. Así es.
- REINA. Pues bien... ese casamiento no puede realizarse y no se realizará.
- REY. ¿Por qué? ¡ah! decid! por qué!
- REINA. Porque mi hija tiene otro novio.
- REY. (Con amargura.) ¿Y no es posible amar á una persona y casarse con otra?
- REINA. (Con energía.) Decídmelo á mí.
- REY. ¡Señora!
- REINA. ¡Bien lo sé yo! y vos sabeis los resultados.
- REY. Si yo no os hablo nada de ese asunto, á qué hablarme vos? haceis mal... Esas conversaciones no me gustan á mí.
- REINA. Tengo derecho á hablar así, yo jamás he cometido una falta.
- REY. Porque os contuve en los preliminares.
- REINA. Jamás! señor! jamás... y sin embargo, confesad que en el caso en que me encontré habia circunstancias atenuantes.
-

MUSICA.

COPLAS.

I.

REINA

Poned á un ángel
de inocencia
como yo en mi tierna edad,
¡oh! sí, ponedle
en la presencia
de un señor fiero y brutal.
Mirad! mirad
qué desatino!
¿qué hará, pues, sino llorar,
gemir, luchar
con el destino,
sin dar tregua á su penar?
Cásela usted
con un Pipino!
¡qué final!

II.

Un galan
de gentil presencia
en la córte apareció,
y se atrevió,
¡qué insolencia!
á la Reina á hablar de amor.
Ya veis, señor,
qué desatino;
su pasion
refrenar
debió.
Mas el jóven
fué muy ladino,
y el ceño real
desarrugó.
¡Qué! ¿no presumes,

rey Pipino,
en qué terminó?

HABLADO.

- REY. Tambien es manía hablar y hablar constantemente de lo que las mujeres desean que olviden los maridos.
- REINA. No os lo recordaria á no tratarse de la felicidad de mi hija.
- REY. ¡Vuestra hija, señora! estoy seguro de que será más razonable que vos, y que no tomará la cosa tan á pechos.
- REINA. ¿Que no lo tomará tan á pechos? Sabeis lo que hace desde que se ha convencido de que vá á casarse esta noche con el príncipe Zafiro?
- REY. ¿Qué hace?
- REINA. Rompe todo lo que encuentra por delante... jarrones... arañas... espejos...
- REY. (Furioso.) ¡Qué estais diciendo, señora? (Quiere lanzarse fuera, la Reina le detiene.)
- REINA. Sosegaos! no tardará en venir aquí: cuando haya roto todo lo que hay por allá dentro, vendrá á romper lo que en este cuarto encuentre. (Ruido dentro de porcelana que se rompe. Sale la Princesa Coralina por la izquierda.)

ESCENA VII.

LOS MISMOS, la PRINCESA.

- PRINC. ¿Conque al fin voy á casarme con el príncipe Zafiro? (Rompe un tiesto á la izquierda.) ¡Plum!
- REINA. (Al Rey.) ¿Lo estais viendo?
- REY. (Procurando detener á su hija.) Coralina!
- PRINC. ¿Conque esta noche á las doce? (Se dirige á la derecha á romper otro.) ¡Plum!
- REY. (Dirigiéndose á ella.) Coralinita!
- PRINC. Ya lo veremos! (Se dirige á romper la esfera.)
- REY. (Deteniéndola.) No, el mundo no, hija! Sálvese el mundo!
- REINA. (Al Rey.) ¿No os lo decia yo?

- REY. (Llevando á su hija al medio.) Vamos, hija, vamos; sé razonable.
- PRINC. Lo seré siempre que haga lo que me dé la gana.—No quiero casarme con el príncipe Zafiro.—Yo quiero á un pastor! Le llevé un día conmigo al bosque y me dijo: «Cuando erais zagala, no me atreví á hablar á mi familia de nuestra boda; pero ahora que sois Princesa no hay inconveniente.» Y me dejó! y fué á hablar á su familia y yo debo esperarle.
- REY. Tarde piache
- REINA. Nunca es tarde para impedir una desgracia.
- REY. Señora!
- REINA. (Intencionalmente.) Una nueva desgracia!
- REY. ¿Quién os da vela en este entierro?
- PRINC. Firme, mamá! (Al Rey.) Mamá me ampara! (Á su madre.) ¡Mamá! firme! firme!
- REY. Rosalia hará lo que yo quiera! Es mi esposa!
- REINA. Si; pero ántes de ser vuestra esposa, era su madre.
- REY. ¿Qué estais diciendo!
- REINA. Digo que ántes soy madre que esposa!
- REY. Eso ya varía.
- REINA. Y ademas...
- REY. (Furioso.) Y ademas... basta! (Música dentro.) Oigo pisadas de caballos... es el príncipe... (Dirigese al fondo, la Reina y la Princesa pasan á la derecha.)
- PRINC. (Desolada.) ¡Ay, mamá! mamá! (Arrójase en sus brazos)
- REINA. (Sosteniéndola.) ¡Hija mia! ¡hija mia!
- REY. (Acercándose por la izquierda.) Silencio! ¡oh único representante de mi augusta prole!
- PRINC. (Irguiéndose.) Pues bien! le voy á poner como ropa de pascua.
(Dos Pajes salen delante del Príncipe y se quedan al fondo.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, el PRÍNCIPE ZAFIRO.

- PAJE. (Anunciando al fondo.) El príncipe Zafiro.

ZAFIRO. (Sale por el fondo y saluda al Rey y á la Reina.) Señor! Señora! (Saluda á la Princesa.) Señorita! (La Princesa le vuelve la espalda.)

REINA. (Ap. á su hija.) Pues mira, no es feo.

REY. (Descontento.) ¡Niña! ¡niña!

ZAFIRO. ¡Oh cara Princesa!

PRINC. (Volviéndose repentinamente á Zafiro.) Yo te diré cuántas SON CINCO. (Alza los ojos, reconoce á Zafiro y se arroja en sus brazos dando un grito de alegría.) ¡Ah!

MUSICA.

CUARTETO.

PRINC. ¡Es mi pastor!

TODOS. (Asombrados.) ¡Es su pastor!

PRINC. ¡Por qué os burlais de mi amor?

¡Es mi pastor!

TODOS. ¡Es su pastor!

PRINC. Es el mismo, es mi pastor;
yo no me puedo engañar,
y aunque viste á lo señor,
en su plácido mirar
reconozco á mi pastor.

TODOS. ¡Es su pastor!

PRINC. ¡Es mi pastor!

Bien lo veo en su semblante
encantador.

Este es mi dueño y mi amante,
mi dulce amor.

Pronto! pronto! por favor,
ornen mi sien de azahar,
que yo me quiero casar
con mi garrido pastor.

¡Es mi pastor!

TODOS. ¡Es su pastor!

HABLADO.

- REY. (Asombrado.) Es mi pastor! ¿es su pastor! ¿Pues no es el Príncipe?
- ZAFIRO. Sí. Pero el Príncipe y el pastor son una misma persona.
- REY. No lo entiendo.
- ZAFIRO. Voy á explicároslo. Un dia de los calurosos del mes de enero, me extravié en el bosque.. cuando hallé...
- REY. ¡Ah! ¿vais á contar un cuento? (Dirigese al fondo y hace una seña: los dos Pajes aproximan dos sillones uno á la derecha y otro á la izquierda; en medio habrá dos taburetes.) ¡Ajajá! Mucho me alegro, porque no sé cómo diablos iba á cumplirse la parte del programa relativa al cuadro doméstico. Sentémonos. (Siéntanse los cuatro, los Pajes se retiran. Á Zafiro.) Ya podeis...
- ZAFIRO. Un dia de los calurosos del mes de enero, me extravié en el bosque, cuando hallé á una zagala de deslumbradora belleza.
- PRINC. Era yo, mamá.
- REINA. ¡Pobre niña! con qué candidez lo dice!
- ZAFIRO. Verla y amarla fué obra de un momento, por lo cual determiné establecerme en la aldea, disfrazado de pastor. ¡Oh! cuánto se ama en el campo!... en las ciudades el corazon no palpita, pero en el campo redobla.
- REY. ¿Redobla?

MUSICA.

CUARTETO.

- REY. (Levantándose.)
Ran! plan! plan! plan! plan!
- REINA. (Id.) Ran! plan! plan! plan! plan!
- PRINC. (Id.) Ran! plan! plan! plan! plan!
- ZAFIRO. (Id.) Ran, plan, plan, plan, plan.
(Vuelve á sentarse.)
-

HABLADO.

REY. (Á Zafiro.) Continúad!

ZAFIRO. Decía que el corazón no palpita en las ciudades, pero en el campo redobla.

REY. ¿Otra vez?

MUSICA.

REY. (Levantándose.)

Ran, plan, plan, plan, plan.

REINA. (Id.) Ran, plan, plan, plan, plan.

PRINC. (Id.) Ran, plan, plan, plan, plan.

ZAFIRO. (Id.) Ran, plan, plan, plan, plan.

(Vuelven á sentarse.)

HABLADO.

ZAFIRO. (Asombrado.) No comprendo...

REY. No importa. Vos teneis talento, yo tambien; pero eso no impide que seamos sensibles. Vais á ser mi hijo... Vais á tomar esposa. No os deseo más sino que disfruteis la felicidad doméstica que yo. ¡Qué Eden! Una hija humilde y obediente! Una mujer amable y cariñosa. Veinte años hace que me casé con Rosalía y nos amamos lo mismo que el primer dia; ¿no es verdad, gacela?

REINA. (Con amargura.) Lo mismo!

REY. (Levantándose.) Lo decis con un retintin...

REINA. (Levantándose.) Lo digo como me parece.

REY. Me faltais.

REINA. (Con energía.) Y vos me sobrais. (La Princesa se levanta inquieta.)

REY. Señora!

REINA. ¡Hija! están insultando á tu madre.

PRINC. ¡Papá! ¡papá!

REY. ¡Fuera de ahí!

REINA. **Habéis tocado á mi hija? ¡Ah!** (Coge la esfera y se arroja frenética sobre el Rey, que se resguarda detrás de Zafiro; es te se cae sobre el Rey y levanta los pies para defenderse.)

REY. (Á Zafiro.) Ya veis qué cuadro doméstico, Príncipe. Un infierno! sí, un infierno en toda la extension de la palabra. Una hija que rompe todo lo que halla al paso... una mujer...

ZAFIRO. Una mujer?
(Sale el conde Oscar apoyado en dos Pajes que se quedan al fondo.)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, el CONDE.

El Conde sale pálido, descompuesto, y llega al medio del teatro sin habla una palabra.

REY. ¿Y bien, Conde Oscar? (El Conde Oscar va á hablar, pero cae en un sillón que habrá en medio del teatro y no puede hallar frases.) ¿Qué diablos teneis?

CONDE. ¡Y me lo pregunta!

REY. (Comprendiendo.) ¡Ah! aquello?

CONDE. (Con voz apagada.) Sí. (Se levanta y se dirige al fondo.)

REY. (Con voz atronadora á Zafiro, que continúa sentado y mirándole con la boca abierta.) Formad juicio! Por esa mujer me he visto obligado á matar á un hombre no hace un cuarto de hora.

REINA. ¡Muerto un hombre por mi causa? Y quién?

REY. (Con voz terrible.) ¡Arnoldo! Señora!

REINA. (Conteniéndose.) ¡Arnoldo! ah! yo creí que era...

REY. (Ap.) ¿Sí, eh? ¡Pues señor! mataremos otro! (Música en la orquesta.) ¿Qué es eso?

CONDE. (Dirigiéndose al fondo.) El señor de Barba Azul y su nueva esposa.

REY. Fin del cuadro doméstico. (Los Pajes colocan las sillas en sus respectivos sitios y se van por la derecha, llevándose el velador.—Al conde Oscar.) Estoy satisfecho de vuestros servicios; y en premio os nombro gobernador de las pro-

vincias del Sur, que están en constante rebelion y se han negado siempre á reconocer nuestra autoridad.

CONDE. (Inclinándose profundamente.) ¡Ah, señor! mi gratitud!...

ZAFIRO. (Ap. á la Princesa.) ¿Sabes que no me ha hecho gracia el cuadro doméstico?

REINA. (Ap. pensativa.) ¡Matar á Arnolfo! Ese hombre se ha equivocado!

(Zafiro y la Princesa se ponen al lado de Pipino y Rosalia.— Salen por el fondo las damas y caballeros de la corte.)

ESCENA X.

LOS MISMOS, CORTESANOS, DAMAS, despues BARBA AZUL y ROSALBA, GUARDIAS, que se quedan en la galería del fondo.

MUSICA.

FINAL.

CORO. Ya llega la del mundo,
pareja más feliz;
la novia una marmota
y el novio un zascandil.

CONDE. (Al Rey.) Os viene á presentar
su nueva esposa ¡oh Rey!
como feudal
vasallo fiel.

REY. Sé lo que va á decir,
que ya es la sexta vez
que me presenta
á su mujer!

CORO. Pues lo dirá
por sexta vez!

REY. Escuchad
y á ver.

CONDE. Escuchad...

REY. Y á ver.

(Salen por el fondo Barba Azul y Rosalba, esta lujosamente vestida.)

COPLAS.

I.

- BARBA. (Al Rey.) En feliz y amante lazo
vengo de golpe y porrazo...
- CORO. ¡Qué necio está!
¡lo ha dicho ya!
- BARBA. Á rendir feudal tributo
al que es príncipe absoluto.
- CORO. ¡Qué necio está!
¡lo ha dicho ya!
- BARBA. Yo os presento aquí la hermosa
que es, señor... mi sexta esposa.
- CORO. ¡Basta ya!
basta ya!
vos nos habeis
dicho eso ya!
- BARBA. Pues bien,
si yo lo he dicho ya
el repetirlo
es cosa natural.
- (Barba Azul hace pasar á Rosalba al lado del Rey.)
- ROS. (Al Rey.) ¿Conque sois el Rey Pipino?
¡qué guapote y qué ladino!
- CORO. Eso es bestial!
no es del ritual.
- ROS. (Á la Reina.) ¡Esta es doña Rosalia?
¡vaya! muy señora mía?
- CORO. Eso es bestial!
no es del ritual.
- ROS. (Á los demas.) Buenos dias, caballeros,
yo me alegro conoceros,
caballeros.
- (Hace muchas reverencias.)
- CORO. Basta ya!
basta ya!
¡qué estupidez!

¡qué atrocidad!

BARBA. (Ap. á Rosalba.) ¡Mujer,
qué modo de charlar!

ROS. Es que yo me sé
lucir en sociedad!

(Barba Azul se apresura á llevar á Rosalba á la derecha.)

REY. (Á Barba Azul, riéndose á hurtadillas de los modales de Rosalba.)
Teneis una mujer

que vale cualquier cosa.

BARBA. Hablemos hoy, señor,
de vuestra niña hermosa.

¿Cuándo se va á casar?

REY. Hoy mismo á más tardar.

BARBA. ¡Cerca está!

REINA. Contrato, baile, cena,
y luego... lo demas.

BARBA. ¡Cerca está!

REY y REINA. ¡Cerca está!

BARBA. (Ap.) ¡Vive Dios! tiempo habrá!

REY. Comience el besamanos.

CONDE. Señores... ¡á besar!

(Colócase á la derecha del Rey.—Barba Azul y Rosalba quedan á la izquierda.—La Reina se sienta en el sillón de la derecha.—La Princesa y Zafiro quedan á su lado.)

CORO. La mano
de su majestad,
besad! besad!

CONDE. (Anunciando á la primera pareja.—Hablado.) El baron y la
baronesa de la Atalaya derrumbada.

REY. Mi buena nobleza del Mediodia.

(Los nobles y damas van besando la mano del Rey.)

CORO. Si, besad, besad,
besad, besad!

BARBA. (Ap., mirando á la Princesa.)

¡Ay qué bonita!

¡ay qué graciosa

es la que ha de ser

mi sétima esposa.

CONDE. (Cuando todos los nobles y damas han pasado, anunciando, y hablado.) El señor de Barba Azul y su sexta esposa.
(Adelántanse Barba Azul y Rosalba.)

ROS. (Ap., viendo á Zafiro y deteniéndose al ir á besar la mano al Rey.)

¿Quién es ese jóven
que estoy viendo allí?
Ya te reconozco,
¡truhan! galopin!

(Quiere arrojarse á Zafiro y Barba Azul la detiene.)

REY. (Tendiendo la mano.)

No hay nadie que bese
esta mano real?
Ya me voy cargando
de tanto esperar.

(Levántase la Reina.)

ZAFIRO y la PRINCESA. (Reconociendo á Rosalba, ap.)

¡Rosalba!

ROS. (Viendo á la Princesa.)

¡Florela!

ZAFIRO. (Ap.) ¡Gran Dios!

PRINC. (Ap., á la Reina.) ¡Ay, mamá!

REINA. ¡Chiton!

PRINC. (Ap.) ¿Á qué viene ahora?

ROS. (Ap., mirando á Zafiro.)

¡Tunante! ¡bribon!

BARBA. (Ap., á Rosalba.)

¡Señora! ¡señora!

REY. (Siempre con la mano tendida.)

¡Venid!

ZAFIRO. (Ap., con temor.) ¡Es ella!

REY. ¡Venid!

ROS. (Ap.) ¡Es él!

BARBA. (Á Rosalba.) Ved que espera el Rey!

ROS. ¿Qué debo hacer ahora?

CONDE y CORO. ¡Á besar!

Ros. Si tocan á besar,
yo besaré,
que yo beso con fe.

(Da una palmada en la mano del Rey, y se lanza á Zafiro, al que abraza.—Asombro general.—La Reina y la Princesa, asustadas con el movimiento de Rosalba, pasan por el fondo á la izquierda. Zafiro las sigue despues de haberse soltado de las manos de Rosalba, que vuelve entónces al medio.—El Conde Oscar, despues de este movimiento, pasa á la derecha.)

CORO. ¡Qué intrepidez!
¡qué atrocidad!
por fuerza es
loca de atar.
¡Nunca se vió
ni se verá
una funcion
tan singular!

(Durante el Coro el Rey ha pasado al lado de la Reina.)

Ros. (Asombrada.) ¿Por qué gruñir?
¿por qué gritar?
¿por qué correr
aquí y allá?
Todo es en mí
muy racional.
Todo esto es muy sencillo,
muy natural.
No hay que gruñir,
ni que rabiarse,
ni que correr,
ni que gritar.

(Señalando al Conde Oscar.)

CORO. ¡Ese señor
mandó besar!
¡Qué intrepidez!
¡qué atrocidad!
por fuerza es
loca de atar.

- BARBA. (Á Rosalba.) ¡Silencio, pues!
ó ¡voto á!...
que yo la parto
por la mitad.
- CORO. Nunca se vió
ni se verá
una funcion
tan singular.
- ROS. (Mirando á Zafiro.) ¡Ay qué gentil!
¡ay qué galan!
¡ay qué perfil
tiene el chaval!
¡Ay qué gentil
es mi zagal!
El alma se deshace
como la sal,
y el corazon
se va detrás
de mi pastor,
de mi zagal.
- REY. (Á Rosalba.) Os manda la ley
besar al Rey.
¡Yo, el Rey!
- CORO. Sí, el Rey.
- ROS. (Al Rey.) Muy bien,
no hay mayor placer. (Abraza al Rey.)
- CORO. ¡Qué atrevimiento!
- ROS. ¡Á todos, á todos,
los voy á besar!
- (Va á abrazar al Conde, luégo quiere lanzarse á los demas nobles.)
- BARBA. (Deteniéndola y llevándola al centro.)
¡No! basta ya!
Partid! partid!
- ROS. ¿Por qué partir?
¡Quedad, quedad!
- CORO GENERAL.
- ROS. ¿Por qué partir,

quedad, señor;
por qué quereis partir
al comenzar
la diversion?
Es un dolor
de aquí salir:
por qué partir,
por qué, señor,
al comenzar
la diversion?
Es un dolor
de aquí salir,
señor;

BARBA .

¿por qué partir?
Partid! partid,
volved, volved,
partid, que en sitio tal
no estais muy bien.
Venid, partid
esposa fiel,
salid de aquí,
mi dulce amor.
¡De oro y azul!
os pondré yo.
Salid, salid
¡voto á Saul!
Soy el señor
de Barba Azul.

LOS DEMAS.

Partid, que esa mujer
es de alquitran,
resina y pez.
Es un fusil,
es un cañon,
es un obús
de ochenta y dos.
Y si por fin
prende el obús,

¡pobre señor
de Barba Azul!

(Durante este *á un tiempo*, la Reina cae medio desmayada en el sillón de la izquierda; Zafiro y la Princesa se acercan á auxiliarla. El Rey, despues de haber hecho seña á Barba Azul de que se marche, pasa al lado del conde Oscar, que se ha instalado en el sillón de la derecha y que rie á carcajadas.—El Rey rie primeramente, pero despues levanta al Conde del sillón, se sienta en su lugar y continúa riendo. En la córte gran indignacion.—Cuadro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un laboratorio de alquimista.—Pequeña bóveda con hornillos, retortas y alambiques.—Lámpara encendida colgada del techo.—Al fondo, en medio de la escena y haciendo frente al público, un gran mausoleo con una serie de inscripciones funerarias. «Aquí yace Eloisa—Elena—Leonor—Blanca—Isaura.» Una lápida sin inscripción.—Á la izquierda un lecho.—Mesa á la derecha.—Puertas á la derecha; una al fondo y otra en primer término.

ESCENA PRIMERA.

POPOLANI, solo.

Ayer hizo un magnífico día, hoy hace un tiempo de perros; ayer observé tres veces los astros, y por tres veces puedo testificar que Marte se acerca sensiblemente á Venus. Esto significa que si en lo que resta de semana no he dado *mulé* á mi amo el señor de Barba Azul, me le dará él á mí; la tempestad de hoy me anuncia que no debo descuidarme... ¡No hay que vacilar! le daremos *mulé*. (Óyese el sonido de una bocina.) ¡Qué es eso? Parece el cuerno del señor de Barba Azul. No; es el viento que resuena por las galerías. ¡Cinco mujeres han entrado ya aquí! ¡no puedo sufrirlo! To-

dos estos crímenes pesan como plomo sobre mi conciencia, y no quiero cometer más.—Así como así los cinco primeros han sido largamente remunerados: tengo ya lo suficiente para ser hombre de bien. (Óyese más cercano el sonido de la bocina.) ¡No me engañé! Es el cuerno de Barba Azul... ¡Cuál será su intento? ¡Acaso Rosalba... ¡Oh, desventurada Rosalba! (Óyense tres golpes á la puerta del fondo. Popolani abre. Aparece Barba Azul. Le preceden dos hombres de armas con antorchas.)

ESCENA II.

POPOLANI, BARBA AZUL.

POPOL. (Saludando.) ¡Monseñor!

BARBA. (Con voz breve en toda la escena.) ¿Estás solo?

POPOL. (Sombrio.) Siempre estoy solo.

BARBA. (Á los hombres de armas.) Idos. (Vánse los hombres de armas por el fondo. A Popolani.) Prepárame el más activo de tus venenos.

POPOL. ¿Para qué?

BARBA. ¿No lo adivinas? Ahí detrás viene.

POPOL. (Ap.) Cuando yo decia... (Alto.) ¡Ah, monseñor!

BARBA. ¡Á mí observaciones! No las toleraria aunque tuviera tiempo para escucharlas; pero ahora no le tengo. Es preciso que á las doce de la noche esté casado con la hija del Rey Pipino.

POPOL. ¡Á las doce!

BARBA. Ó á las doce y cuarto á más tardar; son las diez y media... no hay tiempo que perder.

POPOL. Pero esto es demasiado.

BARBA. No digo que no, mas ya sabes mi divisa: «Viudo siempre y nunca.» y el que tiene una divisa...

POPOL. (Ap.) Las estrellas hablan... si no le doy *mulé* me le da á mí.

BARBA. ¿Me has comprendido?

POPOL. Pero, señor...

BARBA. El más activo de tus venenos. Obedece... que tengo

mucha prisa.

PCPOL. Obedezco, señor. (Váse por la derecha.)

ESCENA III.

BARBA AZUL, solo, mirando al mausoleo.

CANTO.

Dormid en paz! Un bárbaro himeneo
las dió mi amor, y las llevé á morir;
dormid en paz, dormid, es mi deseo.
No vengo yo el silencio á interrumpir.
¡Cinco son ya! no puedo con la pena,
cinco son ya! me dan en qué pensar!
¿Por qué? ¿por qué no son media docena?
Pues lo han de ser, la sexta ya vendrá!

(Sale por el fondo Rosalba acompañada de dos hombres de armas que se retiran.)

ESCENA IV.

BARBA AZUL, ROSALBA.

HABLADO.

Ros. ¿Qué significa todo esto? ¡Un dia de campo á las diez de la noche! Paseos á galope por medio de la tempestad, los relámpagos y el terremoto. Vuestro silencio al preguntaros á dónde íbamos, esta torre, esa sombría escalera, cuyos peldaños me han obligado á bajar vuestros sayones.

BARBA. ¡Cuidado conmigo, señora Rosalba, mi sexta esposa!
(Con intencion.)

Ros. ¿Por qué decis eso?

BARBA. (Cogiéndola de un brazo.) Señora!... ¿sabeis leer?

Ros. Lo impreso... tal cual.

- BARBA. Entónces leed. (Llévala al mausoleo.)
- ROS. (Leyendo las inscripciones.) «Aquí yace Eloisa.
- BARBA. Muy alta y poderosa señora de Barba Azul.»
- ROS. (Con terror.) ¡Ay! vámonos de aquí.
- BARBA. (Deteniéndola.) No lo habeis leído todo.
- ROS. (Leyendo.) «Aquí yace Elena... aquí yace Leonor... aquí yace...» Vámonos! vámonos! (Pasa á la derecha.)
- BARBA. (Cogiéndola otra vez del brazo.) Leed más, señora, leed. «Aquí yace Blanca, aquí yace Isaura,» y aquí ¿qué hay escrito?
- ROS. Nada.
- BARBA. Nada! es cierto! pero mañana...
- ROS. Mañana...
- BARBA. Mañana podreis leer: «Aquí yace Rosalba.»
- ROS. (Aterrada.) ¡Qué bruto! Vámonos. (Quiere marcharse y se lanza á la puerta del fondo, que encuentra cerrada.)
- BARBA. (Riéndose.) ¡Idos! ¡ah! ah!
- ROS. No os riáis así.—Me dais miedo!
- BARBA. ¡Conque lo habeis comprendido? ¿habeis comprendido que vais á morir?
- ROS. ¡Morir! no me da la gana.
- BARBA. Ya lo creo! ya sé que no os da la gana, pero...

MÚSICA.

DUO.

- BARBA. (Señalando al mausoleo.)
- Venid, venid,
cara mitad,
y los nombres mirad
de todas mis señoras;
es cada habitacion
la lúgubre mansion
de vuestras cinco
antecesoras.

La sexta está vacía.
Ros. Me gusta la aprension!
Ya vá á alquilar
la sexta habitacion.
BARBA. Sois muy sagaz,
esposa mia.
¡Qué gran penetracion!
ROS. (Pasando á la derecha.)
¡Morir! ¡morir! ¡qué horror!
BARBA. (Con ferocidad) Palpita ya...
tu corazon?
Él te podrá decir
la causa y la razon
por que vas á morir!
Ros. Cualquier mujer,
cualquier doncella,
falta una vez
y quizás dos;
yo falté más:
¡por qué cual ella
no he de obtener
perdon de Dios?

COPLAS.

I.

Blas el zagal
besos me dió,
yo los tomé
sin rechistar;
él galopin,
cándida yo,
no imaginé,
señor, pecar.
BARBA. Ah! ah!
ah! ah!
esas tenemos ya?

ROS.

Ah! ah!
ah! ah!
fué todo ingenuidad,
¡inocente candor de la edad!

II.

Al mes, señor,
el vil Antonio,
matrimoniar
me prometió;
no sé, no sé,
si fué el demonio
el que en su red
nos envolvió.

BARBA.

Oh! oh!
oh! oh!
no lo sabia yo!

ROS.

Oh! oh!
oh! oh!
por eso cedí yo.
que ninguna en virtud me ganó!

BARBA.

Por eso, esposa,
ó por otra cosa,
vas á perecer;
¡criminal mujer!

ROS.

¡Morir! morir!

BARBA.

Te mataré!

ROS.

(Pasando á la derecha.)

¿Per qué morir?
¿por qué? ¿por qué?

BARBA.

Porque yo adoro
á una donosa
flor primorosa
que es un tesoro.
¡Lozana flor!
luz del pensil!
por su candor
y aire gentil,

mi sétima esposa
la hará mi amor.

ROS. ¡Voy á morir!

BARBA. ¡Vas á morir!

ROS. Pues no quiero yo!

(Hablando.) ¡Morir! (Cae de rodillas.)

BARBA. ¡Morir!

ROS. (Suplicante.) ¡Señor! mi flaqueza,
mi llanto y belleza,
son granos de anís?

(Levantándose.)

¡Oh suerte tirana!
no me da la gana,
no quiero morir!

BARBA. (Sin oírla.)

Mariposilla
revoltosilla,
yo voy de flor en flor.
Jamás parando,
siempre gozando
risueño amor.

Á UN TIEMPO.

ROS. ¡Ladron! mi flaqueza,
mi llanto y belleza, etc.

BARBA. Revoltosilla,
fugaz mariposilla, etc.

Más deliciosa
que un buen vino,
más bella que el sol de abril,
en el vergel
del Rey Pipino
una flor crece gentil.

ROS. ¡Tú casarte querrás con ella?

BARBA. (Con regocijo.)

Quiero, sí, volverme á casar.

ROS. (Furiosa.) ¡Ah! ¡bribon! ¡ladre!

ah tuno! pillo!

BARBA. (Tranquilamente.)

Que vás el pulmon á arrojar.

(Violenta tempestad por dentro.)

ROS. (Hablando sobre la música.) ¿No temes el furor del cielo?

BARBA. (Pasando á la derecha.)

Eso es que va á llover.

ROS. (Bajando á la izquierda.)

La borrasca retumba.

BARBA.

Pues vuelvo á mi cantar

que más que el trueno zumba.

Á UN TIEMPO.

ROS. ¡Ladron! mi flaqueza... etc.

BARBA. Mariposilla, etc.

(Al final estalla el trueno y aparece por la derecha Popolani con un frasquito y un vaso de agua con un azucarillo.)

ESCENA V.

LOS MISMOS, POPOLANI.

HABLADO.

POPOL. Aquí está la cosa.

ROS. (Dando un grito y cayendo de rodillas.) ¡Ah!

BARBA. (Á Rosalba.) Lo habeis comprendido! me alegro! Me voy.—Dentro de cinco minutos volveré á ver el efecto que os ha producido.

ROS. (Arrastrándose á sus piés y agarrándose á sus piernas.) ¡MONSEÑOR!

BARBA. (Rechazándola.) Dentro de cinco minutos! (Rosalba cae en cuatro piés; Barba Azul se vuelve tranquilamente.) ¿Os habeis hecho daño?

ROS. (Con tono natural.) No; muchas gracias. (Váse Barba Azul por el fondo.)

ESCENA VI.

ROSALBA, POPOLANI.

ROS. (Levantándose.) ¡Oh! tú no me matarás!

POPOL. (Con el vaso y el frasquito en la mano.) Señora!

ROS. No me llames señora! llámame Rosalba, tu Rosalba!

POPOL. (Turbado.) Mi Rosalba...

ROS. Sí; tu querida Rosalba... acuérdate del castañar.

POPOL. No hablemos de eso.

ROS. Al contrario! hablemos! hablemos de ello.

POPOL. No me acuerdo! no quiero acordarme—y además! que allí no pasó nada.

ROS. Gracias al torniscon que te administré, que si no.

POPOL. ¡Ah! Rosalba!

ROS. Ya ves que tú no puedes matarme!

POPOL. Si yo no os mato me mata él á mí. Vos nada ganariais y yo perderia mucho.

ROS. Pero ese hombre es un antropófago.

POPOL. No: es un esposífago.—No deja de tener buen fondo... pero le dan manías de casarse, de bicasarse, de tricarsarse, de policarsarse, y... Vamos! vamos! daos prisa. (Le presenta el vaso y el frasquito.)

ROS. Pero tendrás valor?

POPOL. ¿De veros morir? no. Escuchad y haced por comprenderme bien. (Mostrándola el vaso.) Este es un vaso de agua!

ROS. (Repitiendo maquinalmente.) Un vaso de agua.

POPOL. Con un bolado!

ROS. Con un bolado!

POPOL. Que ya está deshecho! no hay que menearle. En este pomo hay veneno... ¿comprendeis? Veneno! Tomais el frasquito y vos misma derramais su contenido en el vaso.

ROS. Yo? (Atontada.)

POPOL. Sí, vos misma.

ROS. (Id.) Ya! ya!

POPOL. Y luego... bebeis.

ROS. (Id.) Ya! bebo.

POPOL. Yo, mientras tanto, volveré la cabeza; no quiero mezclarme en estos asuntos.—¿Me habeis comprendido?

ROS. Sí! sí! pero no importa... repetidlo.

POPOL. El vaso de agua.

ROS. Y el bolado.

POPOL. Eso es.

ROS. El frasquito.

POPOL. Con veneno.

ROS. El veneno y el frasquito, digo, el frasquito y el veneno.

POPOL. Lo mismo dá. Vos tomáis el frasquito.

ROS. Y echo el veneno.

POPOL. Y yo vuelvo la cabeza.

ROS. Para no ver.

POPOL. Eso es.

ROS. (Tomando el vaso y el pomo.) ¡Ah! ya entiendo. (Pasa á la derecha.)

POPOL. Disteis en ello?

ROS. Ya dí. (Popolani vuelve la cabeza. Rosalba derrama vivamente en el suelo el contenido del frasquito y bebe el agua del vaso.)
Ya está! ya está! (Pone el pomo sobre la mesa.)

POPOL. (Volviéndose.) ¿Bebisteis?

ROS. (Con satisfaccion.) Bebí! (Riéndose.) Pero no el veneno. (Le muestra el vaso vacío.)

POPOL. (Riéndose cada vez más.) Todas son lo mismo. ¡Torpe!

ROS. ¿Por qué?

POPOL. ¿No conocisteis que el agua estaba envenenada?

ROS. (Dando un grito.) ¡Ah!

POPOL. (Riéndose.) Y que lo del frasco era vino peleon?

ROS. (Dando un grito.) ¡Ah! (Deja caer el vaso.)

POPOL. ¡Infeliz! el veneno bebiste!

ROS. Tú, gran bruto, por qué me lo diste? (Con ansiedad.) Entónces... esto... esto... es...

POPOL. La agonía. (Pasa á la izquierda.)

MUSICA.

- Ros. ¡Ay! ay! ay! ay!
lo siento aquí!
¡Qué sensación
me hace el morir! (Siéntase en el lecho.)
- POPOL. ¡Muy bien! ¡muy bien!
- Ros. ¡Yo morir!
esto no es posible;
yo no siento
ningun padecer.
- POPOL. Como soy
un droguero sensible,
lo que doy
bien se puede beber.
- Ros. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!
lo siento aquí!
¡Qué sensación
me hace el morir!
- (Cae muerta sobre el lecho.)
- POPOL. Plum! *c'est fini.*
(Sale Barba Azul por el fondo.)

ESCENA VII.

ROSALBA, POPOLANI, BARBA AZUL.

- BARBA. Y bien!
- POPOL. (Ap.) N, o, no.
(Alto.) Se acabó.
ya está muerta,
ya espichó.
- BARBA. (Hablado.) ¿Muerta?
- POPOL. ¡Muerta!
- (Barba Azul quita del dedo de Rosalba el anillo nupcial.)
- BARBA. (Tranquilamente.) Debo sentir
remordimiento

mas no le siento,
no señor;
mi cancion cantaré,
cantaré mi cancion.
Mariposilla
revoltosilla,
yo voy de flor en flor.
Jamás parando,
siempre gozando
risueño amor!

(Váse por el fondo. Su canto se pierde entre bastidores.)

ESCENA VIII.

ROSALBA, POPOLANI.

Popolani se queda mirando á Rosalba, que está tendida en el lecho, mientras se oyen á lo lejos los últimos acordes de la cancion de Barba Azul.

HABLADO.

POPOL. En honor á la verdad, hay que hacerle justicia, es filósofo... toma las cosas con calma... y tiene muy buena voz. Quién sabe si mañana hará gorgoritos! (Dirigese á Rosalba y la contempla.) ¡Pobre Rosalba! esta me gusta más que las otras. ¡Ea! ahora un poco de física recreativa. (Saca un aparato eléctrico pequeño y le pone encima de la mesa. Pone el conductor eléctrico en la mano de Rosalba.) Esto lo he inventado yo... Es de un gran efecto. (Mirando la mano de Rosalba.) ¡Ay qué manita... tan suave... tan mona... y allí en el castañar tan pesada y áspera. (La da un abrazo) ¡Cuánto va á que en lugar de electrizarla á ella, me electrizo yo. Esto va por la posta. (Vuelve la aparato, saca del bolsillo un inmenso pañuelo, le desdobra y cubre con él el aparato; despues, metiendo la cabeza bajo el pañuelo, observa á Rosalba del mismo modo que un fotógrafo observaría al modelo: hecho esto dá vueltas al aparato. Óyese un aire

como el canto de un jilguero.) ¡Hola! es de música! Mejor!
(Rosalba empieza á agitarse á la impresion del fluido.)

ROS. (Agitándose.) Eh? ¿qué?

POPOL. (Dando vueltas al aparato.) No hay que soltar.

ROS. (Agitándose cada vez más.) ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

POPOL. Eso!... eso!... (Sigue dando vueltas.)

ROS. Vamos! acabad pronto.

POPOL. ¿Veis la chispa? ¿la veis?

ROS. ¡Madre! madre!

POPOL. No se!teis, no solteis! (Dando vueltas.) Pif! paf!

ROS. (Saltando del lecho.) ¿Pero qué es esto?

POPOL. ¡La vida!

ROS. ¿Qué decis?

POPOL. ¡La vida!

ROS. ¿La vida?

POPOL. Sí. (Rosalba que conservaba en su mano el conductor eléctrico se le da á Popolani, los dos experimentan una violenta conmocion eléctrica.) ¡Aún quedaba! (Deja el conductor sobre el aparato.)

ROS. ¿Conque no estoy muerta?

POPOL. No.

ROS. (Abrazándole.) ¡Popolani!

POPOL. ¡Rosalba!

ROS. (Que ha pasado á la derecha.) Pues y lo que dijisteis de vaso... y veneno?...

POPOL. Veneno... no... narcótico... no muerta, dormida.

ROS. Dormida!

POPOL. Sí, y despierta por medio de la electricidad.

ROS. ¿Pero es cierto?

POPOL. Yo no miento nunca, señora.

ROS. (Con regocijo.) ¡Conque no estoy muerta! ¡conque no estoy muerta!

POPOL. Como las otras cinco mujeres de Barba Azul.

ROS. Las otras mujeres?...

POPOL. ¡Pues qué! habeis creido?...

ROS. Todo el mundo lo cree.

POPOL. Todo el mundo se equivoca.—Soy el hombre mejor

de la tierra... eres todo corazón, Popolani,—todo corazón y electricidad.—Tres años há el señor de Barba Azul me mandó matar á su primera mujer .. Eloisa... Fuí compasivo... fuí humano, y me contenté con administrarla un jarope que la mató por media hora — Cuando volvió en sí, la dije de esta manera. «Hija mia, quieres morirte de veras, ó ya que eres Eloisa, que Popolani sea Abelardo... hasta cierto punto »

Ros. La dijisteis eso!

POPOL. Y lo bueno es que la pareció bien.

Ros. ¡Adelante!

POPOL. Pasó un año; el señor de Barba Azul se casó otra vez, y habia que matar á la segunda mujer... Triunfó la humanidad por fin... y despues vino la tercera mujer.. y luégo la cuarta... y detrás la quinta... y siempre la pícara humanidad!

Ros. ¡Qué peje!

POPOL. (Con candidez.) ¡Cómo?

Ros. Conque cinco mujeres?

POPOL. ¡La humanidad!

Ros. Ya sé cuál es mi suerte. Vais á hacerme la misma declaracion?

POPOL. Estoy resuelto á darlo todo al traste, y esta misma noche echarme á los piés del Rey y denunciarle la criminal conducta de mi amo!

Ros. ¿Y vais á ir solo?

POPOL. No: van á venir conmigo sus víctimas. Pensé llevar cinco: llevaré seis

Ros. Muy bien! ¿Y en dónde están las otras cinco mujeres?

POPOL. (Señalando al mausoleo.) Allí.

Ros. ¡En el panteon! ¡Ay! qué miedo! ¿Y qué hacen allí?

POPOL. Os están esperando.

Ros. Á mí?

POPOL. Han oido el cuerno de su... de vuestro marido, y saben que cuando el señor de Barba Azul viene aquí, hay que poner un cubierto más.

Ros. ¿Y puedo verlas?

POPOL. Ahora mismo si quereis. (Aprieta un boton en la pared del fondo izquierda.—Ábrese el monumento y aparece al interior un gabinete magníficamente decorado y amueblado: flores, candelabros, mesa servida como en festin, y alrededor las cinco mujeres de pie, con copas en la mano.—Popolani pasa á la derecha.)

ESCENA IX.

LEONOR, ISAURA, ELOISA, BLANCA, ELENA, ROSALBA y POPOLANI.

MÚSICA.

FINAL.

LAS CINCO MUJERES. ¡Salud! salud!
 ¡oh sexta esposa
 del galan infiel en amor!

(Bajan á la escena.)

ROS. Rencor sin fin
 en mí rebosa,
 porque mi fe
 burló traidor.

LAS MUJERES. ¡Salud! salud!
 la dama hermosa,
 la de mirar
 encantador.
 Salud! salud!
 ¡oh sexta esposa
 del galan infiel en amor!
 Salud! salud!

ROS. (Pasando al centro con Popolani.)

 ¡Infiel! ah! sí!
 porque el infame,
 al mes no más
 me abandonó.

ELOISA. No más que un mes,
 un mes no más!

Eso ya es
mucho abusar.

COPLAS.

I.

Ah! sí, fuí yo,
yo fuí la que
su amor logró
la primer vez.
Un año, sí,
llegué á apurar
el frenesí
del animal.

¿Continuó?

n, o, no.

¡Voló!

Pero con este
me entiendo yo!

POPOL.

Sí, si, señora;
aquí estoy yo.

ELOISA.

Si, sí, sí, sí,
Popolani.

TODAS.

Sí, sí,
Popolani.

II.

LEONOR.

Yo fuí de aquel
ieon silvestre,
número dos
¡triste de mí!

ISAURA.

Yo no duré
más que un trimestre.
Mas ¡ah! qué bien,
qué bien viví!

LEONOR.

¿Continuó?

n, o, no.

¡Voló!

ISAURA. Pero con este
me entiendo yo.
POPOL. Sí, sí, señora;
aquí estoy yo.
ELOISA. Sí, sí, sí, sí,
Popolaní.
TODAS. Sí, sí,
Popolaní.

III.

ELENA. Yo me lancé
con fe sincera,
con viva fé,
con decision!
BLANCA. ¡Ay! yo pasé
tan volandera,
como fugaz
exhalacion.

ELENA. ¿Continuó?
n, o, no.
¡Voló!

BLANCA. Pero con este
me entiendo yo.
POPOL. Sí, sí, señora;
aquí estoy yo!
ELOISA. Sí, sí, sí, sí,
Popolaní.
TODAS. Sí, sí,
Popolaní.

POPOL. (Pasando al lado de Eloisa.)
No me griteis, insensatas!
Pobre de mí!
pobre de mí!
Sois ingratas, sois ingratas.
mas ¿qué ha de hacer
Popolaní?
Como señal de alianza,
venid, venid,

mirad, mirad.
Yo os ofrezco la venganza,
yo os daré la libertad.

TODAS .

La venganza?

Ros.

Sí, la venganza
y la libertad.

POPOL .

La venganza,
sí, la venganza
y la libertad.

TODOS .

Sí, la venganza
y la libertad.

COPLAS.

I.

Ros.

¡Muertas! ¡fuera de la tumba
á mi canto que retumba!
y viva, gritad,
la libertad.

Será de guerra el clamor:

¡Atiza! Atiza!

Y daremos al traidor

¡Paliza! paliza!

Vamos ya!

vamos ya!

¡ah!

TODOS .

¡Muertas! fuera de la tumba
á mi canto que retumba,
y viva, gritad,
la libertad!

Ros.

Partid! mas todas
alzd sin temer, la voz,
y oigan las tumbas
la más alegre cancion.

TODOS .

Partid! más todas
alzd sin temer, la voz,

y oigan las tumbas
la más singular cancion.

II.

Ros. Pronto! pronto, vamos, vamos
á la vida,
que el placer con sus reclamos
nos convida.
Pronto! pronto, vamos, vamos
á la vida,
Y viva, gritad,
la libertad.

—
Son las dichas del amor
cabales, cabales!
Al marido engañador,
puñales, puñales!
Vamos ya!
Vamos ya!
¡Ah!

Todos. ¡Muertas! fuera de la tumba
á mi canto que retumba,
y viva, gritad,
la libertad.

Ros. Partid! más todas
alzad sin temer, la voz.

Todos. Y oigan las tumbas
la más singular cancion.

(Sobre el ritornelo, Popolani abre la puerta del fondo, y con el gesto indica á las mujeres que le sigan: éstas, llenas de regocijo, se disponen á hacerlo.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon en el palacio del Rey Pipino, adornado con gran lujo y espléndidamente iluminado.—Estátuas con candelabros.—Á la derecha, en el proscenio, un confidente. Al fondo gran galería, á cuyo final se descubre una capilla gótica, cuya portada y vidrieras están iluminadas.

ESCENA PRIMERA.

El CONDE, el REY, ZAFIRO, la PRINCESA, la REINA, CORTESANOS, DAMAS, PAJES, despues BARBA AZUL.

Zafiro y le Princesa llevan trajes de novio.—Dan las doce lentamente al alzarse el telon.

MUSICA.

CORO. (Despues de cada campanada.)

Una, dos,
tres,
cuatro, cinco,
seis,
siete, ocho,
nueve, diez,
once, doce.

Es media noche.

Las doce son!

(Campanillas dentro.—Los novios se acercan uno á otro.)

ZAFIRO. (Á la Princesa.) Ven, mi sirena,
á la capilla;
ven, que ya suena
la campanilla.

REY. (Hablando.) ¿Qué sigue ahora?

CONDE. (Consultando su cuaderno.) Cantata número veintidos.

CORO GENERAL.

Himeneo! himeneo!
tú colmas su deseo;
¡bonitos son los dos!
¡que los bendiga Dios!

—
¡Himeneo! ¡himeneo!

—
(La comitiva se dirige al fondo, llevando al frente á Zafiro y á la Princesa.)

BARBA. Esperad!
esperad!

(Bajan todos al medio de la escena.)

REY y ZAFIRO. ¿Por qué se ha de esperar?

BARBA. Si me permitís hablar,
hareis
muy bien
en escuchar.

REY. Vos aquí!

REINA. Vos aquí!

REY. Tan solo apareceis aquí?

REINA. ¡Tan solo!
¿por qué así?

BARBA. (Con mucha tristeza.)
¡Señora! ah! señora!
me mata el dolor,

se nubló mi aurora,
se murió mi amor.

(Movimiento general.)

Ambos el camino
seguimos al par,
su fiero destino
sin adivinar.
¡Pobre esposa mia!
pronto te perdí!
la noche sombría
me apartó de tí.
Tú estás en el cielo,
yo estoy sin tu amor;
¿dónde habrá consuelo
á tanto dolor?
mi mente no acierta
cómo fué su mal;
mas la he visto muerta,
y punto final.

(Con mucha ménos tristeza.)

Esta pesadumbre
no es fácil vencer,
por mucha costumbre
que pueda tener.
Tendrás un palacio
por tumba de amor,
si yo estoy despacio
y á más tengo humor.
La viudez me abruma,
cansado estoy ya:
la difunta, en suma,
de Dios gozará.
Sin ella me quedo,
soy viudo otra vez;
y, vamos, ¡no puedo
sufrir la viudez!
¿Por qué en voz llorosa

yo grite... ¡j! ¡j!
mi querida esposa
resucitará?

No! no!
no! no!

(Con mucho regocijo.)

Pues no más tristeza,
que viva el placer;
la naturaleza
nos manda querer.

Cojamos las rosas
si están en sazón;
tomemos las cosas
tales como son.

¡Viva la hermosura!

¿Quién piensa en el mal?

¡Viva la locura!

viva el Carnaval! (Al Rey.)

Tu niña es bonita,

y he venido aquí

de esta señorita

la mano á pedir. (Asombro general.)

REY.

Oh! no sé si duermo ó velo.

¿Eso es verdad, ó es camelo?

¿Vos la mano de mi hija?

BARBA.

Sereis vos mi papá!

REY.

¡Jamás!

PRINC.

Jamás!

REINA y CORO.

Jamás!

COPLAS.

I.

BARBA.

Allá tengo en la montaña
de mi tropa un batallón,
con dos trenes de campaña,
sus cornetas y tambor;

y minadores
y tiradores!

TODOS. ¡Ramilletitos de flores!
BARBA. Con machetes y alabardas,
fusiles de precision,
carabinas y espingardas,
de aguja y de percusion!
y zapadores
y gastadores.

TODOS. ¡Ramilletitos de flores!
BARBA. Si pensais
mi amor rechazar,
os tendré
que pulverizar.
¡Estais en mi poder!

CONDE. (Ap. al Rey y á Zafiro)
Bien puede suceder.

REY. Ah! ah!
¡Malo vá!
¿Quién nos librará?

ZAFIRO. (Al Rey.) Yo, si vos quereis.

REY. Claro está,
decid ¿qué medios teneis?

ZAFIRO. (Dirigiéndose á Barba Azul.)
Por libertar
al dueño mio,
á tí, felon, traidor, y desleal,
yo tu rival
te desafio.

Te llamo á fiera lid,
te llamo á lid mortal.

(El Conde toma dos espadas de la mano de un Paje.)

REY. (Con regocijo.) ¡Á la lid! ¡á la lid!
Es funcion...

que nos vá á divertir.

ZAFIRO. (Á Barba Azul.) ¿Aceptas tú?

BARBA. ¿Por qué no? ¡malandrin!

(El Conde les entrega las espadas y vuelve á la derecha del Rey.)

REY. (Con regocijo.) Os batireis,
eso es mejor,
tendrá la prez
el vencedor.

BARBA y ZAFIRO. Mira que te mira Dios!

CORO. Mirad bien, que os mira Dios!

REY. (Al Conde.) Por lo que aquí
pueda tronar,
el separarse
será mejor. (Se retiran á la izquierda.)

PRINC. Yo {
REINA. Tú { por los dos
voy {
ponte { á rezar.

(Se retiran á la derecha.)

REY. Ya estamos bien.

(Á Barba Azul y Zafiro.)

¡Halá! ¡valor! (Comienza el desaffio.)

CORO. (Excitando á los combatientes.)

Zís! zás! zís! zás!
¡Viva la esgrima!
en cuarta! en prima!
¡voto á Luzbel!
¡firme con él!
¡Gran estocada!
buena parada!
Bien atacó!
bien contestó!
Zís! zás! zís! zás!

PRINC. { Que Dios proteja } mi { amor!
REINA. { su {

REY. (Contemplando.) ¡Es muy bonita
diversion!

CONDE. Es muy bonita,
sí señor.

CORO. Zís! zás! zís! zás! etc.

HABLADO.

- BARBA. (Dando un gran grito.) ¡Ah! los civiles!
- ZAFIRO. (Volviéndose hácia la derecha.) LOS civiles? (Cae herido por Barba Azul. Levántale y le tienden en el confidente: la Princesa y la Reina se acercan á socorrerle: el Rey pasa al lado de la Reina. Barba Azul, con frialdad, limpia la espada.)
- CONDE. Gran estocada!
- BARBA. Es un golpe de recurso.
- PRINC. (Desconsolada.) Murió mi amor! ¡ah! maldicion! (Arrojase sobre el cuerpo de Zafiro.)
- REINA. ¡Ay hija!
- BARBA. (Al R. y.) ¡Oh Rey! ¿cumplirás tu promesa?
- REY. No cabe duda; tuya es la novia.
- BARBA. (Á la Princesa, que está inclinada sobre Zafiro.) Alzad, Princesa, y venid al altar.
(Vuelven á tocar las campanillas.—La Reina arranca á la Princesa del cuerpo de Zafiro, y la hace pasar al lado de Barba Azul, que la toma de la mano.)

MUSICA.

- CONDE. (Repeticion de la cantata núm. 22.)
- CORO. Himeneo! himeneo!
tú colmas su deseo;
bonitos son los dos:
¡que los bendiga Dios!
Himeneo! himeneo!
- (Arréglase la comitiva.—Barba Azul se lleva á la Princesa medio desmayada: todos se van por el fondo ménos el Conde.)

ESCENA II.

El CONDE, ZAFIRO, tendido en el confidente, despues un PAJE, luego
POPOLANI.

HABLADO.

- CONDE. (Solo, mirando á Zafiro) ¡Oh príncipe infortunado! ¿De qué

te han servido juventud, gallardía y amor! Pero á mí qué me importa todo esto? Nosotros los hombres políticos no tenemos tiempo para sentir. (Sale un Paje por la izquierda y le entrega una carta. Despues de haberla leído.) ¿Dónde está el hombre que te ha dado este billete?

PAJE. (Señalando á la izquierda.) Ahí fuera.

CONDE. Que entre.

PAJE. Aquí está. (Váse despues de la salida de Popolani, que llega por la izquierda disfrazado de gitano; atraviesa la escena bailando y agitando una pandereta.—Este diálogo debe ser anhelante y precipitado.)

CONDE. ¡Un gitano!

POPOL. No! un hombre!

CONDE. Popolani!

POPOL. ¡Monseñor!

CONDE. Estás hablando con un amigo.

POPOL. Con el amigo necesito hablar.

CONDE. Bueno!

POPOL. Malo!

CONDE. Expílicate con claridad.

POPOL. (Señalando á Zafiro que está tendido en el confidente.) Ese hombre puede oírnos.

CONDE. No es posible!

POPOL. Es sordo?

CONDE. No! está muerto.

POPOL. (Tranquilamente.) Me alegro! Hace una hora ha ido á la torre...

CONDE. ¿El señor de Barba Azul?

POPOL. Sí.

CONDE. ¿Con su mujer?

POPOL. Con Rosalba... y me ha dicho...

CONDE. «¡Mátala!»

POPOL. Cómo sabeis?...

CONDE. Lo presumia... porque ahora mismo...

POPOL. ¿Qué?

CONDE. Entró en la capilla.

POPOL. ¿Quién?

- CONDE. Barba Azul.
- POPOL. ¿Para qué?
- CONDE. Para casarse.
- POPOL. ¿Con quién?
- CONDE. Con la otra!
- POPOL. ¡Horror! ¡horror! (Toca la pandereta.)
- CONDE. Calla!
- POPOL. Callo! Poco á poco! Yo no maté á esa mujer.
- CONDE. ¿Qué estás diciendo?
- POPOL. Ni á las otras cinco.
- CONDE. Entónces... las seis mujeres de Barba Azul...
- POPOL. ¡Viven! viven!
- CONDE. ¿Y qué intentas?
- POPOL. Arrojar me á los piés del Rey y presentarle á esas seis desventuradas para que juzgue á Barba Azul!
- CONDE. Ahora me toca á mí, ahora me toca á mí. Si tú tienes remordimiento, yo tambien! Toma esta llave. (Le da una llavecita.)
- POPOL. ¡Tomo! ¡Tinta en sangre!
- CONDE. No.
- POPOL. Yo creí...
- CONDE. ¡Mal creído! Baja al subterráneo.
- POPOL. ¿Dónde está?
- CONDE. Debajo de tierra.
- POPOL. Ya lo sé
- CONDE. En ese subterráneo hallarás cinco hombres!
- POPOL. ¡Horror! ¡horror! (Toca la pandereta.)
- CONDE. Calla!
- POPOL. Callo!
- CONDE. Dí, ¿por qué traes esa pandereta?
- POPOL. Para poder penetrar...
- CONDE. En este palacio...
- POPOL. Sin excitar...
- CONDE. Sospechas.
- POPOL. He dispuesto que las seis desventuradas se disfracen de gitanas.
- CONDE. Comprendo. Los cinco hombres... no están muertos.

- POPOL. Mejor.
- CONDE. Diles que te sigan y se disfracen.
- POPOL. De gitanos.
- CONDE. (Quedando abismado en reflexiones.) No obstante, meditemos
(Déjase caer en el confidente y se sienta sobre Zafiro.)
- ZAFIRO. (Dando un grito.) ¡Ay!
- CONDE. (Dando un salto.) ¿Qué es esto?
- ZAFIRO. (Sentándose.) Soy yo! (Levántase.)
- POPOL. (Al Conde.) ¡No está muerto!
- CONDE. Así parece.
- POPOL. Me engañabais!
- CONDE. No lo sabia.
- ZAFIRO. No, señor, no estoy muerto!
- CONDE. Y herido?
- ZAFIRO. Herido? puede ser! (Sentándose.) No; tampoco.
- CONDE. Pero habeis caído?
- ZAFIRO. Sí!
- CONDE. El miedo!
- ZAFIRO. La emocion.
- CONDE. Entónces... estais salvado?
- ZAFIRO. Salvado?
- LOS TRES. Salvado!... Salvado!... (Popolani agita la pandereta con frenesí.) ¡Horror! ¡horror!
- ZAFIRO. ¿Y la Princesa?
- CONDE. Se está casando.
- ZAFIRO. ¡Ah! yo lo impediré! (Quiere salir.)
- CONDE. (Deteniéndole.) Oid: otra cosa mejor voy á proponeros.
- ZAFIRO. El qué?
- CONDE. (Señalando á Popolani.) Seguid á ese hombre.
- ZAFIRO. Para qué?
- CONDE. Para vengaros.
- ZAFIRO. Le seguiré.
- CONDE. (Á Zafiro.) Oid. (Á Popolani) ¿Comprendiste?
- POPOL. Perfectamente! el sexto gitano.
- CONDE. Si: oye: sabes á dónde vas?
- POPOL. No.
- CONDE. Pues vete.

ZAFIRO. VAMOS! (Vánse por la izquierda Popolani y Zafiro.)

CONDE. (Solo) La partida está vigorosamente empeñada, dónde iremos á parar? no lo sé! pero ¿qué importa? Yo que dirijo la nacion, no sé dónde tengo mi mano derecha...
Á todos les sucede lo mismo.

(Sale por el fondo la comitiva del casamiento. Barba Azul dá la mano á la Princesa.)

ESCENA III.

La REINA, la PRINCESA, BARBA AZUL, el REY, el CONDE, CORTESANOS,
DAMAS, PAJES.

MUSICA.

CORO. Himeneo! himeneo!
tú colmas su deseo,
bonitos son los dos,
que los bendiga Dios.
Himeneo! ¡himeneo!

HABLADO.

PRINC. (Á su madre.) Estoy perdida, madre, estoy perdida!

REINA. ¡Hija mia! ¡hija mia!

BARBA. Señor Pipino.

REY. ¿Qué quieres? simpático yerno?

BARBA. Mirad, ved á nuestras respectivas mujeres...

REY. La mia tiene poco que ver.

BARBA. Esto está llamando la atencion de la córte, y es preciso que no la llame.

REY. ¿Y cómo?

BARBA. De cualquier modo.

CONDE. (Acercándose.) Hay un medio.

REY. ¿Cuál?

CONDE. Acaba de llegar á palacio una compañía de gitanos

- REY. ¿Y qué hacen?
- CONDE. ¿Qué quiere vuestra majestad que hagan? Cantar y decir la buena ventura.
- REY. ¡Hombre! yo quiero que me digan la buena ventura.— Yo no creo en esas cosas; pero me dan un miedo...
- CONDE. Entónces, si vuestra majestad se digna permitir...
- REY. Sí! sí! que vengan.
- BARBA. Pero pronto
- CONDE. (Con intencion.) ¡Oh! monseñor! estarán aquí en un periquete. (Váse por el fondo.)

ESCENA IV.

La REINA, la PRINCESA, BARBA AZUL, el REV, CORTESANOS, DAMAS PAJES.

- REINA. (Á la Princesa, ap.) Oye, hija mia, vé y dile á tu marido... Jamás caballero, jamás. Ya te entenderá.
- PRINC. (Bajo.) ¿Y qué quiere decir eso?
- REINA. (Bajo.) No te importa—anda, hija mia.
- PRINC. (Á Barba Azul.) Señor?
- BARBA. ¿Qué quereis, mi dulce amiga?
- PRINC. ¡Jamás! jamás! jamás!
- BARBA. ¿Cómo? ¿qué habeis dicho?
- PRINC. He dicho. ¡Jamás! jamás! jamás! (Vuelve con su madre.)
- BARBA. ¡Pues me gusta! Pipino?
- REY. (Acercándose de mal humor.) ¿No me llameis Pipino.
- BARBA. ¿No es vuestro nombre?
- REY. Voy á cambiarle, me llamaré Melon.
- BARBA. Pues bien, Melon, sabeis lo que me ha dicho vuestra hija? Pues me ha dicho: ¡Jamás! jamás! jamás!
- REY. (Llamando como quien llama á un perro.) Niña?
- PRINC. Papá!
- REY. Ven aquí. (La Princesa se acerca.) ¿Quién te ha mandado decir eso al señor?
- PRINC. ¡Mamá!
- REY. (Llamando lo mismo.) Rosalia?
- REINA. (Acercándose.) Pipino.

- REY. ¿Qué habeis mandado decir á la niña?
- REINA. ¡Ojalá que yo os lo hubiera dicho tambien!
- REY. (Furioso.) Señora!
- REINA. (Poniéndose en jarras.) Y bien! y qué!
- REY. (Amenazador.) Si no mirara. (Ap.) Esta anda buscando una paliza real.
- REINA. Qué habiais de ver?
- BARBA. (Bajo.) Quien lo ve es toda la córte, Pípinó, que lo ve la córte. (Durante estas réplicas han formado grupo los cuatro, y la córte círculo en derredor.)
- REY. (Ap.) Por Cristo! que tiene razon! dejémoslo para el primer desahogo de familia.
- BARBA. (Bajo.) Si, sí, cuando estemos solos.
- REY. Cuando estemos solos la doy un revés que la parto. (Ruido dentro de panderetas.)
- CONDE. (Por el fondo.) LOS GITANOS!
(El Rey la Reina, Barba Azul, la Princesa y el Conde, pasan á la derecha.—Salen por el fondo con Popolani, que viene enmascarado, seis gitanos y seis gitanas, tambien con máscara —Los seis gitanos son Zafiro, Arnoldo y cuatro caballeros de la córte.— Las gitanas son Rosalba y las cinco mujeres de Barba Azul.— Los gitanos y las gitanas bajan en dos filas al frente del público, las gitanas delante: el primero de los gitanos á la derecha de Zafiro; el segundo Arnoldo.)

ESCENA V.

POPOLANI, BLANCA, ELENA, LEONOR, ISAUVA, ELOISA, ROSALBA, BARBA AZUL, el REY, la REINA, la PRINCESA, ZAFIRO, el CONDE, ARNOLDO, GITANOS Y GITANAS.

MUSICA.

ROSALBA y CORO DE GITANOS.

Yo soy, yo soy.
Ya viene aquí
la gitanilla
de la gran ciudad

de Sevilla,
escuchad,
¡noble señor!
la que canta aquí mejor.

CORO. Ya viene aquí
la gitanilla
de la gran ciudad
de Sevilla,
escuchad,
¡noble señor!
la que canta aquí mejor.

REY. (Á Rosalba.) Cantad! cantad!
como sepais mejor:
cantad á la guerra
ó bien al amor!
Cantad! cantad!

BALADA.

I.

En vago son profetizo
que asombra y maravilla
mi acento oid magnético,
que soy la gitanilla.

Vá de leccion
de buena ley;
vá de cancion,
escucha, ¡oh Rey!

La mano soberana
presenta á la gitana,
y bien pronto sabrás
mil cosas y otras más.

Mi palabra
es misteriosa,
es mi ciencia
prodigiosa.
Falange cortesana!

ven á reir y á gozar.
¿Quién sabe si mañana
mi voz te hará llorar?

¡Ah! ah! ah!

CORO.

¿Quién sabe si mañana
su voz hará llorar?

II.

ROS.

Tu crimen, Rey maléfico,
me espanta y maravilla;
ya contra tí frenético
el pueblo clama y chilla.

Por ser atroz,
por ser un vil,
te vá á llegar
tu San Martín.

Tu mano soberana
presenta á la gitana;
si fijas tu atencion,
verás qué desazon.

Mi palabra
es misteriosa,
es mi ciencia
prodigiosa.

Falange cortesana,
ven á reir y á gozar.
¿Quién sabe si mañana
mi voz te hará llorar?

¡Ah! ah! ah!

CORO.

¿Quién sabe si mañana
su voz hará llorar?

(Colócanse los gitanos á la derecha y las gitanas á la izquierda,
cada género en una fila. Durante la repetición, Barba Azul ha
pasado por detrás de los gitanos á la izquierda.)

HABLADO.

- REY. ¡Ea! no perdamos el tiempo. La buena ventura, par-diez, la buena ventura.
- ROS. (Al Rey.) Dadme vuestra mano, Rey Pipino.
- REY. (Dándola la mano.) Tomad! (Música en la orquesta.)
- ROS. ¿Cuántos dedos tiene esta mano?
- REY. ¿Que cuántos dedos tiene?
- ROS. Sí, ¿cuántos?
- REY. Creo... que cinco.
- ROS. ¡Cinco! ¿y lo confesais?
- REY. (Ap.) Ya empiezo á tener miedo... pero me interesa esto.
- ROS. ¡Cinco! y si cada vez que dijisteis al conde Oscar...
- REY. Al conde Oscar...
- ROS. «Mata á ese hombre.» Si cada vez que dijisteis eso se os hubiera caido un dedo de la mano, ¿cómo tendriais hoy la real garra?
- REY. (Ap., retirando la mano.) ¡Qué mujer! ¡qué mujer!
- POPOL. ¿Á quién le toca ahora?
- ROS. (Á Barba Azul, que se acerca á ella.) Á vos, señor, si gustais.
- BARBA. (Tendiendo la mano) Eso deseo.
- ROS. (Mirando la mano.) Lindo anillo!
- BARBA. Sencillito... pero de buen gusto.
- ROS. ¿Y por qué está manchado de sangre? ¿por qué tiene sangre?
- BARBA. ¿Sangre?
- ROS. No lo sabeis? Yo os lo diré! Porque hace una hora este anillo estaba en el dedo de la desventurada Rosalba, y la desventurada Rosalba ha muerto envenenada! (Movimiento general.)
- BARBA. (Retirando la mano.) ¡Quita! ¡bruja!
- ROS. Por eso hay sangre en el anillo.
- TODOS. ¡Horror! ¡horror! (Los gitanos agitan con furor las pande-retas.)
- REY. ¿Pero qué gente es esta?

BARBA. Échalos de aquí, Pipino.

ROS. ¡Ah! ¡ah! temblais, señores! haceis bien en temblar, porque hay muertos que están muy buenos, y vivos muy malos. (Pellizca á Barba Azul.)

BARBA. ¡Ay!

ROS. (Á los gitanos.) Ahora venid, fuera la máscara! fuera la máscara! (Quítanse las caretas. Reconocimiento general.)

BARBA. (Estupefacto.) ¡Ellas!

REY. (Id.) ¡Ellos!

LAS SEIS MUJS. (Acercándose á Barba Azul y amenazándole.) ¡Mónstruo!

LOS CINCO HOMBS. (Id. al Rey.) ¡Asesino!

BARBA. Mis seis mujeres!

REY. (Á Arnolde) ¡Arnolde!

ARN. Señor! ¿qué os hice yo?

REINA. (Á Arnolde.) Se os indemnizará, señor Arnolde, se os indemnizará.

ARN. ¡Ah, señora! (Retírase á su puesto.)

REY. Arnolde y sus cuatro predecesores!

PRINC. (Reconociendo á Zafiro.) Pastor mio!

ZAFIRO. Mi Princesa!

BARBA. (Á Popolani.) Conque no las matabas?

POPOL. Ya lo estais viendo.

BARBA. ¿Pues qué hacias con ellas?

POPOL. Las electrizaba.

BARBA. ¡Ah! truhan.

REY. (Al Conde, que se acerca.) ¿Conque no ejecutabas mis órdenes?

CONDE. No, señor.

REY. ¿Y entónces dónde tenias guardados á estos caballeros?

CONDE. En casa de una tia mia.

REY. Buena será!

CONDE. Pero va á casarse un dia de estos y no podian permanecer más tiempo.

BARBA. ¿Qué vamos á hacer ahora con toda esta gente?

ROS. Yo soy tu mujer.

LAS CINCO MUJS. Y yo! y yo! y yo! y yo! y yo!

BARBA. ¡Ave María Purísima!

ELOISA. Has abusado de mi inocencia.

ISAURA. De mi sencillez.

BLANCA. De mi virtud.

ELENA. De mi candor.

LEON. De mi pureza.

LAS CINCO. ¡Mónstruo! ¡mónstruo! ¡mónstruo!

BARBA. Á ver, Pipino; vos que sois Rey, á ver si me sacais de este berengenal. Proteged á vuestro yerno.

REY. Vamos á ver. ¿Quién de vosotras tiene más derecho?

TODAS. ¡Yo! yo! yo!

REY. (Á Barba Azul.) ¿Eso es verdad?

BARBA. Verdad es.

REY. Pues bien: supuesto que cada una de vosotras tiene más derecho que todas las demas, yo declaro válidos los casamientos de las seis primeras y nulo el de la sétima.

POPOL. (Dirigiénd. se á Barba Azul.) ¡Pobre de mí!

BARBA. (Dirigién. l. se á Popolani.)

MUJS. No! no! con una sola! con una sola! Conmigo! conmigo.

BARBA. (Ap.) Oh valor inmenso! (Al Rey.) Señor, ya veis que no están de acuerdo las partes interesadas.

REY. Pues que corten la cabeza á Barba Azul.

ROS. Yo lo arreglaré todo.

REY. Arreglad al mismo tiempo lo que he de hacer con estos caballeros.

ROS. ¿No son siete?

REY. Siete.

ROS. ¿Y nosotras no somos siete tambien?

REY. Tambien.

ROS. Pues bien, que se casen ahora mismo unos con otros.

REY. Concedido! concedido! ¿Conde Oscar?

CONDE. Señor?

REY. Cúmplase lo que ha dicho.

CONDE. Muy fácilmente!

REY. (Ap.) Muy fácilmente? Todavía no lo he entendido.
(Pasa al lado de la Reina, que está á la extrema derecha. Durante el coro siguiente, el Conde hace pasar á la Princesa y se la entrega á Popolani, que la coloca á la cabeza de las mujeres de Barba Azul, las cuales se han puesto en una sola fila oblicua, de este modo:—Princesa—Eloisa—Isaura—Elena—Leonor—Blanca y Rosalba.—Los hombres por su parte se han colocado tambien en otra fila á la derecha.—Zafiro á la cabeza, despues Arnoldo los cuatro caballeros y Barba Azul.—En el centro, en un espacio libre, están Popolani y el conde Oscar.—El Rey y la Reina siempre á la extrema derecha.)

MUSICA.

FINAL.

CORO. ¡Jesus, qué cosa
 tan ingeniosa!
 ¡original!
 ¡y moral!

(Á cada presentacion, las personas designadas se adelantan: las mujeres al lado de Popolani, los hombres al lado del Conde.)

CONDE. (Presentando á Zafiro.)
 Primer galan!

POPOL. (Presentando á la Princesa.)
 Primera dama!

PRINC. (Á Zafiro.) Tuyo es mi amor!

ZAFIRO. Tuya es mi alma!

CONDE. (A la Princesa.) ¡Páréceos bien?

PRINC. (Con alegría) Mucho que sí.

REY. ¡Ajá! ¡ajá!
 ¡qué bien que vá!
 pasad ahí!
CORO. ¡Ajá! ¡ajá!
 ¡qué bien que vá!
 pasad ahí!

(Zafiro y la Princesa pasan al segundo término.)

- CONDE. (Presentando lo á Arnaldo.)
Número dos.
- POPOL. (Presentando á Eloisa.)
Segunda dama!
- CONDE. (Á Eloisa.) ¡Paréceos bien?
- ELOISA. ¡Mucho que sí!
- REY. ¡Ajá! ajá!
¡qué bien que vá!
pasad ahí!
- CORO. ¡Ajá! ¡ajá!
¡qué bien que vá!
pasad ahí!

(Eloisa y Arnaldo pasan al segundo término, junto á la Princesa y Zafiro.)

- CONDE. (Presentando cuatro gitanos.)
Cuatro galanes!
- POPOL. (Presentando cuatro gitanas.)
Y cuatro damas!
- CONDE. (Á las cuatro mujeres)
¡Paréceos bien?
- ISAURA, ELENA, LEONOR y BLANCA.
Mucho que sí!
- REY. ¡Ajá! ¡ajá!
¡qué bien que vá!
pasad ahí!
- CORO. ¡Ajá! ¡ajá!
qué bien que vá,
pasad ahí.

(Los cuatro señores y las cuatro damas pasan al segundo término al lado de las otras.)

- CONDE. (Presentando á Barba Azul.)
Postrer galan.
- POPOL. (Presentando á Rosalba.)
Última dama.
- BARBA. (Á Rosalba.)
Mi ventura amor corone.
- ROS. 'Quieres tú que te perdono'

BARBA. ¡Si no puedo ser mejor!
ROS. Galopin! truhan! traidor!
BARBA. Yo prometo... yo te juro...
ROS. ¿Qué vas á decir, perjuro?
BARBA. Yo lo juro!
ROS. Tú lo juras!
BARBA. ¿Por quién te lo he de jurar?
ROS. Bien! no me enoje!
 ¡Bribon! me coje
 por lo más sentimental.

(El Conde pasa á la derecha. Zafiro baja á la izquierda con la Princesa, y Eloisa á la derecha con Arnoldo.)

BARBA. ¡Bien! muy bien!
 bien!
 así vá bien!
 que se dé fin
 á este belén.
ROS. (Al público.) Ya lo sabeis,
 genio y figura.
BARBA. (Id.) Ya lo sabeis,
 no tienen cura.
BARBA. Yo soy Barba Azul ¡chipé!
 un gran viudo y un gran pez!

CORO GENERAL.

Este es Barba Azul ¡chipé!
un gran viudo y un gran pez!

FIN.



PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

acete.	8. Ruiz.	Lucena.	J. B. Cabeza.
alá de Henares	Z. Bermejo.	Lugo.	Viuda de Pujol.
oy.	J. Martí.	Mahón.	P. Vincent.
eciras.	R. Muro	Mataga.	J. G. Taboadela y P. de
cante.	J. Gossart.		Moya
nagro	A. Vicente Perez.	Manila (Filipinas).	A. Otona.
ne: ia.	M. Alvarez.	Maturo.	N. Clavell.
ájjar.	D. Caracuel.	Mondonedo.	Viuda de Belgado.
equera.	J. A. de Palma.	Montilla.	D. Santolalla.
anjuez.	D. Sautisteban.	Murcia.	T. Guerra y Herederos
la.	S. Lopez.		de Andrión.
ites.	M. Roman Alvarez.	Ocaña.	V. Calvillo.
tajoz.	F. Coronado.	Orense.	J. Ramon Perez.
eza.	J. R. Segura.	Orikueta.	J. Martinez Alvarez.
rbastro.	G. Corrales.	Osuna.	V. Montero.
celona.	A. Saavedra, Viuda de	Oviedo.	J. Mariñez.
	Bartumeus y I Cerdá.	Palencia.	Hijos de Gutierrez.
ar.	J. Teixidor	Palma de Mallorca.	P. J. Gelibert.
bao.	E. Delmas.	Pamplona.	J. Rios Barrena.
rgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.	Ponterredra.	J. Buceta Solia y Comp.
bra.	B. Montoya.	Priego (Cordoba.)	J. de la Gámara.
eres.	H. e. Perez.	Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
liz.	V. Morillas y Compañia.	Puerto-Rico	J. Mestre, de Mayagüez.
atayud.	F. Molina.	Requena.	C. Garcia.
narias.	F. Maria Poggi, de Santa	Reus.	J. Prius.
	Cruz de Tenerife.	Rioseco.	M. Prádanos.
rmona.	J. M. Eguiluz.	Ronda.	Viuda de Gutierrez,
rotina.	E. Torres.	Salamanca.	R. Huebra.
rtagena.	J. Pedreño.	San Fernando.	J. Gay.
stillon.	J. M. de Soto.	S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
trourdiales.	I. Ocharán.	Santúcar.	I. de Oña.
uta.	M. Garcia de la Torre.	San Sebastian	A. Garralda
udad-Real.	P. Acosta.	S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
rdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y	Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
	M. Garcia Lovera.	Santiago.	B. Escribano.
ruña.	J. Lago.	Segovia.	L. M. Salcedo.
enca.	M. Mariana.	Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
ija.	J. Giuli.	Soria.	F. Perez Rioja.
rrol.	N. Taxonera.	Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
ueras.	M. Alegret.	Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
rona.	F. Dorca.	Tarragona.	V. Font.
on.	Crespo y Cruz.	Teruel.	F. Baquedano.
anada.	J. M. Fuensalida y Viuda	Toledo.	J. Hernandez.
	é Hijos de Zamora.	Toro.	L. Poblacion.
adalajara.	R. Oñana.	Trujillo.	A. Herranz.
abana.	M. Lopez y Compañia.	Tudela.	M. Izalzu.
rn.	P. Quintana.	Tuy.	M. Martinez de la Cruz
elva.	J. P. Osorno:	Ubeda.	T. Perez.
esca.	r. Guillen.	Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y J.
un.	R. Martinez.		Mariana y Sanz.
liva.	J. Perez Fluixá.	Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
rez.	F. Alvarez de Sevilla.	Vick.	Soler, Hermanos.
s Palmas (Canarias)	J. Urquia.	Vigo.	M. Fernandez Dios.
on.	Miñon Hermano.	Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
rida.	J. Sol é hijo.	Vitoria.	J. Oquendo.
nares.	J. M. Caro.	Zafra.	A. Oguet.
groño	P. Brieba.	Zamora.	V. Fuertes.
rca	A. Gomez.	Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y
			Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.

